

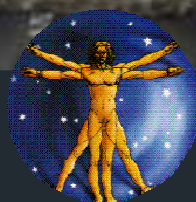
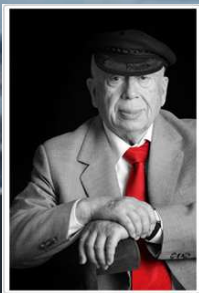
Gonzalo Rojas

Uno escribe en el viento y otros poemas

Uno escribe en el viento
y otros poemas



BIBLIOTECA
DIGITAL DE
AQUILES
JULIÁN



Mustrario de
Poesía 34





Uno escribe en el viento y otros poemas

Gonzalo Rojas, Chile

Edición digital gratuita de

Mostrario de Poesía 34

Editor: Aquiles Julián, República Dominicana.

Primera edición: Marzo 2009
Santo Domingo, República Dominicana

¿Qué somos?

Mostrario de Poesía es una colección digital gratuita que se difunde por la Internet y se dedica a promocionar la obra poética de los grandes creadores, difundiéndola y fomentando nuevos lectores para ella. Es una iniciativa sin fines de lucro para servir, aportar, añadir valor y propiciar una cultura de diálogo, de tolerancia, de respeto, de contribución, que promueva valores sanos, constructivos, edificantes, en favor de la paz y la preservación de la vida acorde con los principios cristianos. Los libros digitales son gratuitos, promueven al autor y su obra, así como el amor por la lectura, y se envían como contribución a la educación, edificación y superación de las personas que los solicitan sin costo alguno.

Este e-libro es cortesía de:



Sol Poniente interior 144, Apto. 3-B, Altos de Arroyo Hondo III, Santo Domingo, D.N., República Dominicana. Tel. 809-565-3164

Se autoriza la libre reproducción y distribución del presente libro, siempre y cuando se haga gratuitamente y sin modificación de su contenido y autor.

Si se solicita, se enviarán copias en formato PDF vía email. Para pedirlos, enviar e-mail a intercoach.dr@gmail.com, aquiles.julian@gmail.com



**BIBLIOTECA
DIGITAL DE
AQUILES
JULIÁN**



Contenido

El ritmo como expresión de lo erótico / Mauricio Ostria G.	4
El sol y la muerte	10
La eternidad	10
La poesía es mi lengua	11
El caos	13
La libertad	14
Retrato de la niebla	15
Himno a la noche	17
La cordillera está viva	18
La materia es mi madre	22
Salmo real	24
Coro de los ahorcados	25
El principio y el fin	27
El abismo llama al abismo	28
Rotación y traslación	31
El condenado	33
La fosa común	34
El sol es la única semilla	36
Descenso a los infiernos	38
El poeta maldice a su cadáver	40
A quien vela, todo se le revela	40
Al silencio	41
Los días van tan rápidos	42
Contra la muerte	42
¿Qué se ama cuando se ama?	43
Uno escribe en el viento	44
La palabra	45
Ars poética en pobre prosa	45
No le copien a Pound	46
El principio y el fin	46
Un bárbaro en Asia	47
Ese ruido en los sesos	47
Y nace aquí una fiesta innombrable	48
Monólogo del fanático	48
Pareja humana	48
Papiro mortuorio	49
Urgente a Octavio Paz	50
Del relámpago	50
Poeta estrictamente cesante	51

Remando en el ritmo	52
Todos los elegíacos son unos canallas	52
Aquí cae mi pueblo	54
A unas muchachas que hacen eso en lo oscuro	54
Aiuleia por la resurrección de George Bataille	55
La palabra placer	55
Descendiendo de Hernán Barra Salomone	56
Al fondo de esto duerme un caballo	58
A quien pueda importar	58
Ningunos	59
En cuanto a la imaginación de las piedras	60
Materia de testamento	60
Contra vosotros naciendo	61
Parece que de lo que se muere uno es de maniquí	62
Instantánea	62
Alegato	63
Desocupado lector	64
No escribas diez poemas a la vez	65
Código del obseso	65
Rock para conjurar el absoluto	66
No hay viento tan orgulloso de su vuelo	66
¿A qué mentirnos con la llama del perfume...?	67
Si ha de triunfar el fuego sobre la forma fría	68
La vaca racional	69
Me divierte la muerte cuando pasa	70
Río turbio	70
Del cubismo como serpiente	73
Carta al joven poeta para que no envejezca nunca	73
Sermón del estallido	74
Carta a Huidobro	74
De la liviandad	75
Asma es amor	76
Biografía de Gonzalo Rojas Pizarro	77



El ritmo como expresión de lo erótico en la poesía de Gonzalo Rojas



por **Mauricio Ostria González**
Universidad de Concepción

RESUMEN

La escritura poética, por ser precisamente escritura, no contiene en su materialidad los sonidos, entonaciones o ritmos concretos, propios de toda secuencia oral real, sino sólo las imágenes acústicas correspondientes a las unidades distintivas. Sin embargo, conserva fuertemente sus vínculos con lo oral (como un pentagrama). Entonces, la persistencia de lo fónico en la poesía la preserva como fenómeno que, no obstante su soporte escritural, conserva su virtualidad sonora, de modo que el lector de poesía "oye mentalmente, detrás del trazo las palabras del texto, su música verbal" (Octavio Paz). Esto es lo que sucede cabalmente con el discurso lírico de Gonzalo Rojas, quien no solamente prefiere en prólogos y presentaciones la lectura en voz alta, sino que en sus poemas recurre a menudo a sugerencias de oralidad que incluyen todo tipo de procedimientos que la proyecten a la página. Esto es especialmente evidente en la expresión de los ritmos del amor.

Y dice el poeta: "Todo crece con el ritmo" (595)¹; porque uno nace y "desnace al mismo tiempo" (596). Por eso, su poesía ofrece en una misma trama lo numinoso y lo cotidiano, lo tanático y lo erótico, lo riguroso y lo placentero, lo físico y lo metafísico, es decir el juego de la vida trasmutada en sonido con sentido, en cadencia rítmica. Sístole y diástole, inspiración y expiración, hartazgo y deseo _o como dice el poeta, "hartazgo y orgasmo" o también "alternancia del esperma y de la respiración" (232)_. Poesía en movimiento, palabras que se encuentran, chocan, copulan, se distancian, dicen lo uno y lo otro, el yo y el tú, el esto y el aquello, el yin y el yang. Poesía y encuentro, poesía y eros vienen a ser lo mismo en la ambigüedad sonora o en la incierta página en blanco: "Falo el pensar y vulva la palabra" (Paz, 245):

Hartazgo y orgasmo son dos pétalos en español de un mismo lirio tronchado cuando piel y vértebras, olfato y frenesí tristemente tiritan en su blancura última, dos pétalos de nieve y lava, dos espléndidos cuerpos deseosos



y cautelosos, asustados por el asombro, ligeramente heridos
en la luz sanguinaria de los desnudos:

un volcán

que empieza lentamente a hundirse,

Así el amor en el flujo espontáneo de unas venas
Encendidas por el hambre de no morir, así la muerte:
La eternidad así del beso, el instante
Concupiscente, la puerta de los locos.
Así el así de todo después del paraíso:

-Dios,

ábrenos de una vez.

("Pareja humana", 220)

El sentido brota de la cadencia rítmica que es sonido y significado, frase e imagen simultánea e inseparablemente. "El lenguaje -con mayor razón la poesía_, igual que el universo, es un mundo de llamadas y respuestas; flujo y reflujo, unión y separación, inspiración y respiración. Unas palabras se atraen, otras se repelen y todas se corresponden: `metamorfosis de lo mismo'. El habla es un conjunto de seres vivos, movidos por ritmos semejantes a los que rigen a los astros y a las plantas" (Paz, El arco..., 31). Secuencias y pausas, palabras y silencios, el ritmo es un acorde o una analogía, una reiteración o una ruptura, una armonía o un contraste. El lenguaje "es un continuo vaivén de frases y asociaciones verbales regido por ritmo secreto" (Paz, El arco..., 52); afinidades y repulsiones se suceden atraídas por fuerzas idiomáticas inmanentes. La poesía no hace más que convocar ese ritmo por medio de metros, rimas, aliteraciones, paronomasias, encabalgamientos, anáforas, retruécanos, paralelismos, correlaciones y otros procedimientos.

Anoche te he tocado y te he sentido
Sin que mi mano huyera más allá de mi mano,
Sin que mi cuerpo huyera, ni mi oído:
De un modo casi humano
Te he sentido.

Palpitante,
No sé si como sangre o como nube
Errante,
Por mi casa, en puntillas, oscuridad que sube,
Oscuridad que baja, corriste centelleante.

Corriste por mi casa de madera
Sus ventanas abriste
Y te sentí latir la noche entera,
Hija de los abismos, silenciosa,
Guerrera, tan terrible, tan hermosa

Que todo cuanto existe,
Para mí, sin tu llama, no existiera

("Oscuridad hermosa", 144).

Ya en el ir y venir de los títulos de los poemas se encabalgan el amor y el olvido, la aventura y el éxtasis, el rencor, el despecho, la nostalgia, el convite y la búsqueda, la evocación que convoca y dispersa sensaciones e imágenes: "Latín y jazz", "Alcohol y sílabas", "El sol y la muerte", "El principio y el fin", "Rotación y traslación", "Ultimamente tú que yéndote te vas", "¿Qué se ama cuando se ama?", "Quedeshím Quedeshóth", "Asma es amor", "Culebra o mordedura", "Eso que no se cura sino con la presencia y la figura", "Tacto y error", "Orquídea en el gentío", "Extasis del zapato", "Lectura de la rosa"... Al fin que "El Ritmo ha de ser océano profundo / que al hombre y la mujer amarra y desamarra / nadie sabe por qué" ("Carta para volvernos a ver", 307).

"Al principio, la poesía fue oral: una columna que asciende y que está hecha de versos, es decir, de unidades verbales rítmicas, que aparecen y desaparecen, una tras otra, en un espacio invisible hecho de aire (...) La poesía se apoyó, más tarde, en la escritura; desde entonces se ha servido del signo escrito y de la palabra hablada" (Paz, *La otra voz*, 121). La poesía de Gonzalo Rojas ha permanecido fiel a esas fuentes primeras, ese origen oral: "no estoy por la partitura efímera (...) sino por la oralidad y por la sintaxis del llamamiento. De ahí que, cuando escribo mis líneas menesterosas de aprendiz interminable, lo primero que hago es ponerme en pie y leerlas en voz alta. No al lector, al oyente" (Metamorfosis, 588).

Te juré no escribirte. Por eso estoy llamándote en el aire
Para decirte nada, como dice el vacío: nada, nada,
sino lo mismo y siempre lo mismo de lo mismo
que nunca me oyes, eso que no me entiendes nunca, aunque las venas te
arden de eso que estoy diciendo.

.....

y te quedas inmóvil, oyendo que te llamo en el abismo.

("Retrato de mujer", 221).

En todas las formas escritas de la poesía, el signo gráfico está siempre en función del oral. El lector advertido oye siempre, detrás del trazo, las palabras del texto, su música verbal (Paz, *La otra voz*, 122). De ahí que Gonzalo Rojas no sólo evoque en prólogos y presentaciones la lectura en voz alta, sino que sus poemas recurren a menudo a sugerencias de oralidad que incluyen repeticiones, tartamudeos, avances y retrocesos, correcciones, anacolutos, fugas, muletillas, explicaciones, coloquialismos, juegos de palabras, colisiones entre el sonido y el significado:

te iba tartamudeante a / decir:(...) esdrújulo, libérrimo del mar (215):

Eléctricas (... (y germinan, germinan...
Cálidas (...) arcángeles (...) que saben lo que saben como sabe la tierra... // Tan

livianas,
tan hondas, tan certeras (...) Hembras, hembras...

("Las hermosas", 223)

Pero los meses vuelan como vuelan los días, como vuelan
En un vuelo sin fin las tempestades, / Pues nadie sabe nada de nada

("La loba", 228).

así sople (...) así viva (así padezca (...), así me acueste (...), así toque mi cítara
(...), así se
abra una puerta

("Carta del suicida", 242)

insaciable de la lascivia, / riera (frenético el frenesí

("El fornicio", 244)

Si ha de triunfar el fuego sobre la forma fría,
Descifraré a María. Hija del fuego,
La elegancia del fuego, el ánimo del fuego,
El esplendor, el éxtasis del fuego.

("Rapto con precipicio", 249)

... y estás ahí mirándome, (...) y estás ahí mirándome, (...)// Y no hay sábana
donde
dormir, y no hay, y no hay / sol en ninguna parte, y no hay estrella alguna

("El amor", 252).

Podría estar citando textos todo el día. En el poema "Oriana" se juega significativamente con el origen etimológico del nombre (Oriana: de os, oris = boca, de donde oral y oralidad) de modo de sugerir la identidad entre palabra (oral)/poesía y mujer. El texto termina con una serie de rimas lúdicas con ecos huidobrianos.

El poema "Del sentido" también funciona como arte poética. Se trata de un breve e intenso texto donde la metonimia se metaforiza hasta condensarse en un solo sonido vocal, suma y cifra del sentido-universo-mujer-eros:

Muslo lo que toco
y pétalo de mujer el día, muslo
lo blanco de lo translúcido. U
y más U, y más y más U lo último
debajo de lo último, labio
el muslo en su latido
nupcial, y ojo

el muslo de verlo todo, y Hado,
sobre todo Hado de nacer, piedra
de no morir, muslo:
leopardo tembloroso (267).

El sistema de correspondencias que vincula palabra-oralidad-poesía-mujer-eros encarna continuamente en metáforas cuyo término explícito es un instrumento musical que en su forma recuerda, del algún modo, la figura femenina, como la cítara o el arpa. (Véase poemas como "Cítara mía" o "Vocales para Hilda"). Y es quizá _entre varios_ el poema "La palabra placer" uno de los más claros poemas metapoéticos, es decir, uno de aquellos en que mejor se define el sentido del conjunto textual y en el que la palabra y la mujer objeto del deseo se unifican hasta confundirse: "La palabra placer, como corría larga y libre por tu cuerpo la palabra placer (...) cómo lo músico vino a ser mármoleo..." (273).

Por fin, el poema "Das heilige" ("Lo santo", lo numinoso) parece reunir todos los sentidos del libro en una visión en que sonidos lingüísticos, música y órganos genitales femeninos se funden en un arder vertiginoso humano y cósmico, frenesí dionisiaco, que asume carácter sagrado: Es la apoteosis de la pasión monopólica del poemario:

Raro arder aquí todavía. ¿Vagina
o clítoris? Clítoris por lo esdrújulo
de la vibración, entre la ípsilon
y la iod delicada de las estrellas
gemidoras, música
y frenesí de la Especie.

Pero además
vagina sagrada, punto G, punto
de la puntada torrencial del
que se ama cuando se ama. Raro
arder aquí todavía (315).

Terminemos citando la declaración `epicéntrica', `axiomática' del autor: "el amor es, acaso, la única utopía que nos queda".

REFERENCIAS

Paz, Octavio. 1955. El arco y la lira, Fondo de Cultura Económica, México.

Paz, Octavio . 1990. La otra voz, Seix Barral, Barcelona.

Rojas, Gonzalo. 2000. Metamorfosis de lo mismo, Visor, Madrid.

1Citamos por Gonzalo Rojas (2000).

El sol y la muerte

Como el ciego que llora contra un sol implacable,
me obstino en ver la luz por mis ojos vacíos,
quemados para siempre.

¿De qué me sirve el rayo
que escribe por mi mano? ¿De qué el fuego,
si he perdido mis ojos?

¿De qué me sirve el mundo?

¿De qué me sirve el cuerpo que me obliga a comer,
y a dormir, y a gozar, si todo se reduce
a palpar los placeres en la sombra,
a morder en los pechos y en los labios
las formas de la muerte?

Me parieron dos vientres distintos, fui arrojado
al mundo por dos madres, y en dos fui concebido,
y fue doble el misterio, pero uno solo el fruto
de aquel monstruoso parto.

Hay dos lenguas adentro de mi boca,
hay dos cabezas dentro de mi cráneo:
dos hombres en mi cuerpo sin cesar se devoran,
dos esqueletos luchan por ser una columna.

No tengo otra palabra que mi boca
para hablar de mí mismo,
mi lengua tartamuda
que nombra la mitad de mis visiones
bajo la lucidez
de mi propia tortura, como el ciego que llora
contra un sol implacable.

La eternidad

Sin tener qué decir, pero profundamente
destrozado, mi espíritu vacío
llora su desventura
de ser un soplo negro para las rosas blancas,
de ser un agujero por donde se destruye
la risa del amor, cuyos dos labios
son la mujer y el hombre.

Me duele verlos fuertes y felices
jurarse un paraíso en el pantano
de la noche terrestre,
extasiados de olerse y acecharse
como los muertos, solos.

"Oh amantes: no durmáis hasta la aurora,
hasta que el sol reemplace vuestra furia
y entre por las cortinas a besaros los ojos.
No durmáis, Juventud, que la Vejez
os espía detrás de la ventana
con su cara invisible".

"No durmáis, proseguid
vuestra lucha, templad
sin cesar vuestras arma seductoras
con el tacto insaciable, con la sed
del primer huracán, a sangre y fuego.
No durmáis. Que el furor
os libre de mis manos asesinas".

"Soy vuestra peste. Soy
el que os sopla al oído la verdad de la tierra,
los designios aciagos:
he perdido mi cuerpo, porque yo soy la voz
de los cuerpos perdidos".

"No durmáis, hasta el sol.
No durmáis, mis hermosos amantes. No escuchéis
las olas del abismo".

Todos me ven y me oyen,
todos me temen, todos los que sufren el tiempo
como una pesadilla indescifrable,
y todos me preguntan quién soy, pero es inútil:
mi máscara es la noche.

La poesía es mi lengua

Abro mis labios, y deposito en la atmósfera un torrente de sol,
como un suicida que pone su semilla
en el aire cuando hace estallar sus sesos en el resplandor del laberinto.

Ya sé que el sol de la muerte me está haciendo girar en un eterno proceso
de rotación y traslación llamado falsamente Poesía.
A veces, como hoy, esta aparente confusión me hace reír a carcajadas.
Este torbellino de palabras volcánicas como una erupción,
que son una amenaza para los sacerdotes del soneto y el número.

Pero es un sol innumerable lo que me sale por la boca,
como un vómito de encendido carbón que me abrasara las ideas y las vísceras.

Estoy perdido para el mundo,
aunque mi reino sean todos los mundos posibles,
porque yo soy el testigo de mi propia creación.
Mi creación es mi pasión. Por eso hago soplar los vientos
para que den testimonio de mis llamas.

Yo estoy en el medio de las pasiones que imitan la ululación de mi cólera,
porque de los apasionados es mi reino.
Cada lágrima derramada con pasión es un grano de arena robado al desierto del
vacío.
Cada beso es una llama para el resplandor de los muertos.

Que el tiempo de los encantos es un baile de máscaras,
y nada vale rehuir su hechizo.
Las personas son máscaras; y las acciones juegos de enmascarados.
Los deseos, contribuyen al desarrollo normal de la farsa.
Los hombres denominan toda esta multiplicidad de seres y fenómenos,
y consumen el tesoro de sus días disfrazándose de muertos.

Yo vi el principio de esta especie de reptil y de nube.
Se reunían por la noche en las cavernas.
Dormían juntos para reproducirse.
Todos estaban solos con sus cuerpos desnudos.
En sus sueños volaban como todos los niños,
pero estaban seguros de su vuelo.

He nacido para conducirlos por el paso terrestre.
Soy la luz orgullosa del hombre encadenado.
Soy el torrente que echa a volar la moda y la costumbre,
y me encarno en los hombres de mil naturalezas
porque gusto mostrarme como un monstruo,
para que el hombre entienda cuándo soplan mis vientos.

Yo canto por la lengua de los arrebatados,
los que me identifican con su sangre y su rostro.

Todo hombre vuelve a mí cuando sube a buscar
el origen de su soledad que tanto lo alucina.
Cuando niños, los hombres me dan su corazón.
Después empiezan a podrirse,
y pierden el contacto con su animal sagrado.

El hombre que quería ser Dios, se está muriendo desde el comienzo de sus días.
El guerrero que quiso toda la superficie del planeta,
se está muriendo.
El hombre que soñaba
la conquista del sol, se está cada mañana obscureciendo.

Todo, y todo,
y todo
se está muriendo de sí mismo.

Pero yo soy el viento que sopla sobre el mar del tormento y del gozo.
El que arranca a los moribundos su más bella palabra.
El que ilumina la respiración de los vivientes.
El que aviva el fuego fragmentario de los pasajeros sonámbulos.

Yo soy el viento de su origen
que sopla donde quiere.

Mis alas invisibles
están grabadas en su esqueleto.
En este instante,
todos los hombres están oyendo mi golpe y mi palabra,
pero los dejo en libertad.

El caos

Víctima del desorden que impide el desarrollo de mi mundo,
no me lamento de esto ni lo otro.
Sufro, velo y trabajo
como si cada noche tuviera que morirme,
porque debo ganarme la vida para siempre.

En vano me quisiera pasar entre los pechos y las blancas rodillas
descubriendo un tesoro,
sepultado en el blando sopor del desenfreno,
y en vano me aturdiera en el festín
de tanta carne humana.

En vano fuera rey, y en vano fuera Dios,
porque siempre hallaría debajo de mi almohada,
como un aviso de que ya estoy muerto,
un gran charco de sangre.

Ese charco es la sangre de mi madre, mi origen,
que me dice: -¿Qué has hecho con mi sangre?
¿Por qué la has enterrado debajo del placer?
¿Por qué no te la bebes para que te conviertas
a la fiel realidad? ¿Por qué no eres un hombre
tanto en el entusiasmo como en el sacrificio?

-Oh sangre
que me acosas
hasta en mi propio sueño:
tú sola me despiertas con tu aullido.

Tú sola me revelas el abismo en que apoyo
mi cabeza. Tú sola me libras de caer
víctima del desorden que impide el desarrollo de mi mundo en el mundo.

El desorden empieza donde termina el fuego,
y donde empieza el humo,
más allá de las negras cortinas que preservan el inmundo espectáculo,
bajo la ceremonia que agacha la cabeza, bajo el viento litúrgico
del órgano que sopla convirtiendo en arcángeles los vapores espesos;
donde empieza el disfraz, la peste, la piedad
de las leyes humanas y divinas,
en el comercio, en la traición, allí
donde la muerte mete su mano corruptora.

La libertad

Todos los que se mueren en este instante no hacen un número siquiera
no hacen una palabra,
pues toda su agonía, dentro de unos minutos, reventará en estiércol,
y toda su ilusión estallará en un sueño putrefacto.

Así mi pensamiento es una sucesión
de estallidos sin causa y sin efecto
como ese coro eterno de murientes llorosos
que luchan por pasar desde el atardecer hasta la aurora,
que muerden en las rocas los restos del placer
con su boca sangrienta. Pobre reino animal
que va a parar al reino mineral de la muerte.

No discuto cuántas son las estrellas inventadas por Dios.
No discuto las partes de las flores.
Pero veo el color de la hermosura,
la pasión de los cuerpos que han perdido sus alas
en el vuelo del vicio.

Entonces se me sube la sangre á la cabeza,
y me digo: ¿Por qué
Dios y no yo? - ¿Por qué yo no he creado el mundo?
¿Por qué he de verlo todo como esclavo?

Yo no quiero dormir. Yo quiero estar despierto
adentro de los ojos de las desesperadas criaturas,
aullando tras las rejas de cada pensamiento,
más allá de las cuales reina la libertad totalmente desnuda,
como una estrella helada para siempre.

No sé para qué sirve toda esa libertad
que se canta y se baila vestido de cadenas.

Me acuerdo de esas blancas prostitutas con quienes he partido la cama
de mi primera juventud.
Todas ellas olían a jardines.
Oh belleza rugiente. Todas ellas
no eran sino una inmensa telaraña. .

Por mis venas discurre la sangre presurosa del animal inútil
que come cuatro veces al día como un puerco,
que me tutea y me deprime
con su palabra ufana,
testimonio evidente de esa parte de mí
que se muere al nacer, como una nube:
lo blando, lo confuso, lo que siempre está fuera
del peligro, el adorno y el encanto.

No beberé. No comeré otra carne
que la luz del peligro.
No morderé otra boca que la boca del fuego.
No saldré de mi cuerpo si no para morirme.

Ya no respiraré para otra cosa
que para estar despierto noche y día.

Retrato de la niebla

I

No hay un viento tan orgulloso de su vuelo
como esta neblina volátil
que ahora está cerrando las piedras de la costa,
para que ni las piedras oigan latir su lágrima encerrada.

Oh garganta: libérate en goteantes estrellas:
echa a correr tus llaves a través de los huesos.
Que ruede un sol salado por la costa del día,
por las mejillas de las rocas.
Aparezcan las hebras del sollozo afilado en la espuma.

Niebla: posa tus plumas en la visión vacía
hasta donde las alas físicas de la muerte
abran la tempestad.
Sonámbula, apacienta tus ovejas sin ojos.
Famélica, devora la esencia y la presencia.
Oh peste blanca recostada en la marea.

Oh ánimo del suicidio: ¿Quién no ama tus cabellos
perezosos y, al verte, ¿quién no mira su origen?
Neblina de lo idéntico: yo soy eso que soy,
y estoy como un carbón condenado a dormir en mi roca.

Me desvela el espectro de la revelación
debajo de esta blanca telaraña marítima
tejida por la historia de la luz cenicienta:
espina que me impide respirar
debajo de mi lengua.

II

Oh llaga, no sabía
dónde empezaba yo, dónde la tierra.
Me entregaba a mis cielos de niño.
Respiraba en los libros los rosales del mundo.
Me moría de estar con el sol de mi madre en el huerto divino.

Oh lengua,
no sabía
que las rosas son formas del orgullo,
y son sangre viciosa.
Que yo era un animal puro como un cuchillo,
y rajé mi ilusión de un hondo tajo,
y me extasió la hondura
de los cuerpos del vicio.

Oh lengua, navegué bajo de la neblina.
Lo vi todo, bajé las escaleras
del crimen. Liberé fiera cautiva
-la imagen misma de mi fría cólera-,
y la senté al festín de los sacrificados,
y me encerré en la niebla
para verlo
todo.

Oh lengua:
te diría
lo que mis ojos vieron en el éxtasis,
en lo más alto de ese viento frío,
tan lejos de la niebla como próximo al fuego.

Oh lengua: te diría
toda mi vida allí con el sol en mi cuerpo,
en lo más puro de la roca helada,
con un desierto al pie de mi castillo,
con una simple línea bajo mi alma,
como tú, con un número detrás de tu apariencia,
inscrito por el filo del misterio.

Oh lengua: estoy aquí para decirte
-después de mucho ver y errar a solas
por el país lejano del castigo-,
que hoy piso ya mi línea muy amada,
que he tocado las costas de esta línea
nublada por la niebla,
y estoy tocando tierra, y sangre, y esqueleto,
y el vientre de esta línea donde has llorado tú,
con una espina adentro de tu llanto.

Himno a la noche

Eres la solución del sistema solar,
la incógnita resuelta de las ondulaciones
que establece en la tierra y el mar el equilibrio,
la madre de los sueños, donde empieza
toda sabiduría.

Tu cuerpo es el principio y el fin de la belleza,
pues su espiga renace de otra espiga quemada,
y el encanto supremo de la gran posesión
hace sangrar de gozo frenético el vaivén
de tus entrañas convulsivas.

Engañada por todos, y por tu corazón,
tú partiste las sábanas y el pan de tu belleza
con los abominables mercaderes viciosos,
en la ciudad moderna donde el sol es hollín
y un horno la existencia.

Diste la vuelta al mundo por un sol varonil
que te besara duro en la boca y las venas.
Por las plazas de todos los placeres inútiles,
nunca viste la carne y el hueso de los hombres
sino el miedo y la paja.

¿Quién mordió tu pasión? ¿Quién cogió tu cintura?
¿Quién te tumbó en la arena? ¿Qué varón primitivo?
¿Quién te habló con la lengua común del bien y el mal?
¿Quién te sació la sed? ¿Quién te dió la visión
de la ráfaga eterna?

Oh mujer combustible. Ya el tiempo se ha cumplido.
Tú eres la hija del fuego y yo soy tu salvaje.
y yo somos el aura de la videncia. Tú
virgen materia, y yo lucero necesario
para engendrar la poesía.

Duerma pegado a mí tu cuerpo estremecido:
mujer única y múltiple, tocada por la mano
de la sublimidad, oh rústica hermosura.
Semillas somos de la salud de los hombres,
oh memoria perdida.

El viento se aproxima. ¿Pero qué puede el viento
que descifra la consistencia de las rocas
contra ti, contra mí, ciclón del vaticinio?
-Nada. Porque ese viento no es sino el gran fantasma
de lo que el hombre ignora.

La cordillera está viva

I

Por fin te has ido al fondo de mi visión. Por fin
palpita el cataclismo de tu piedra en mi boca
y ya puedo decir la verdad hacia todos los vientos.
Hiciste claro el aire para mis ojos fijos,
cegados por el cráter de la nada.

Hoy miro como tú
de espaldas contra el sol. Lo veo todo adentro de su llama
concreto y puro. Todo lo contemplo
como recién nacido a la verdad del día.

Todo es festín bajo la luz quemada
del hueco que el sol deja por la noche.

Que el mar me pase entero por encima,
como cuando se pisa un insecto extraviado.
Que la muerte se ría de mi fiel juramento.
Nada me importa el mar ni el sacrificio.
Juro que soy el ventarrón de piedra
que limpia el mundo de alto a bajo,
y juro por la cólera del trueno
que tú pariste al hombre para vivir en él,
porque tuvo es el aire que sopla el pensamiento
del hombre. El aire irrespirado y puro.

II

Tanto buscar mujeres por el mundo
para dormir, y perpetuar mi fuego.

Tanto leer la cara de la sabiduría
en la ceniza de los pensamientos.

Tanto correr para quedar inmóvil
como el viento en su estatua primitiva.

Tanto vestirme para estar desnudo
con mi animal, y solo con mi muerte.

Tanto olvidar la leche de mi madre.

Tanto gustar los velos y las brisas.
Tanto amar las cadenas. Tanto odiarlas.

Tanto error. Tanto vicio disfrutado.
Tanto usar la razón, para perderla.

III

Hasta que hoy día -día de mi muerte-,
me volví para ver toda mi vida;
y vi que el sol salía del metal de tu vientre,
y oí que el mar rompía por tu corriente dura,
y advertí que tus rocas eran reales hembras.
Y me sentí nacer de tu lava, de nuevo.

Y vi que el sol tenía siete años como mi alma perdida frente al Golfo.
Toda la eternidad tenía apenas siete años para mí.
Los vidrios de la lluvia
en su ronco responso
parecían llorar con gotas de mi sangre el "Dies Irae".
Yo cantaba en su coro
ante el gran día negro
de mi niñez salvada de las aguas.
El huracán me abría, como entonces,
boca de lobo hambriento.

Tú peleabas a muerte con el sol
para volverme al aire.

Era como si me engendraran en la hora
de mi muerte, a otra vida, sueño a sueño ganada,
y me crecieran alas para hendir la tormenta,
y mi alma fuera un rayo que vive en libertad.
Porque mi cuerpo estaba tan liviano y seguro
como el león erguido en la pradera de la aurora.

IV

Estoy parado en ti. Siento que en ti he perdido
mi sombra para siempre. En ti he recuperado
lo que me pertenece a cambio de mi sombra.

Hoy me explico el furor aprendido de ti
antes de conocerte, cuando mi corazón
latía con el pulso de tu veta sanguínea,
con la velocidad magnética que me hace
saltar los sesos, siempre que soy víctima
de la puna: la pérdida o el exceso del aire.

Mi pensamiento, como en ti, es herida,
y es grieta, y es sepulcro, oh cordillera,
y mi palabra -boca de tu abismo-
un órgano parece, acordado y pulsado
por los dedos del sol estremecido.

Si el sol mancha tu piel en esta altura,
un íntimo arcoiris es tu brasa.
Toda eres labio. Toda eres deseo
como una poseída. Y eres sangre gozosa
donde mejor te besa y te ametralla.

Después que te embaraza al mediodía,
el sol pierde su trono. Como mi alma
después de poseer a los objetos.

¿Cómo no amarte, madre, si me enseñaste a hablar
tu lengua? ¿Si soy viento nacido de tu roca?

¿Si me cegaste para hacerme libre
como tus manantiales errabundos?

¿Si me pusiste tu rayo en la frente,
madre mía, lo mismo que mi madre?

V

Pasé un invierno arriba de tu nieve. ¿Recuerdas?
Mi mujer era blanca como tú,
preñada por su príncipe. La nieve
bloqueaba nuestro mísero castillo.

A ahuyentarla subíame, una pala
en la mano. ¿Recuerdas que al alba relumbraba
el humo de la niebla: el nudo ciego
del horizonte, todo cerrado para mí?
Los mineros pasaban silbando. Ella dormía
bajo la inundación, como una mariposa
que se hace larva y sueño para tejer

la túnica del príncipe esperado. Y se hace mar profundo
para guardar en él al monstruo del destino.

Tu me lo diste todo. Vino la primavera.
La primera verdad dejó de ser incógnita.
Me alejé de la nieve. Emigré como un pájaro.
Caí sobre las plazas de ciudades mezquinas.
Me olvidé de tu arruga maternal. Te perdí
de vista. Te insulté
por habérmelo dado todo, como a mi madre.
Pero me perseguiste día y noche,
como el semblante de mi madre moribunda.

VI

En los días más lúgubres, cuando estamos más muertos
que los difuntos, sopla
tu caricia en el aire
de la conversación. Y parece que un golpe
nos para en pie por dentro. Pero nadie
sabe que tú has venido a ponerle el oxígeno
a la razón perdida.

Si el hombre se pudiera despertar de improviso
como tú, y no durmiera hasta su muerte,
ya nunca más hubiera
vanidad ni doblez vestidas de personas.
No habría tanto muerto arando en el vacío.

Es ese roce obligatorio,
ese contagio sobre el pavimento,
esa moda perpetua de comer carne humana,
la verdadera causa de tanta iniquidad.

Tú debieras reinar entre nosotros
como en las cumbres, desde donde he visto
al mar, desesperado por besarte.

Te he descubierto en medio del fastidio
y de la confusión, todo en la bruma,
porque me puse a recordar tu rostro,
y tu vientre preñado de tesoro perpetuo,
y me has traído el beso del río y de su escoria.

Y me has traído tierra que comí cuando niño
como una florecilla entre las hojas húmedas.

Y me has traído el Golfo que perdí a los siete años,
cuando el andarivel pasaba media legua por el cielo
tiñendo de carbón todas las nubes.

Me has devuelto el amor,
porque tu vives de él. Y nadie puede
llorar su desventura sin sufrir tu granizo,
con que atormentas al cobarde
que ha perdido el contacto con la tierra.

Oh enigma de la fuerza. Tú me diste la luz
de la imaginación. De ti aprendí.
De tu idioma que muerde la eternidad del día.

La materia es mi madre

La mano del demonio
me hace hablar, me acaricia, me estrangula,
me arranca la comida de la boca, me obliga,
se aprovecha de mí. Me pasea en su palma
como en un trono errante por un libre desierto.

Ay, mi alma poseída
en las afueras del paisaje llora,
como virgen violada que se traga su lengua.

Ahogado en el clamor de su estridencia muda,
con el trastorno de la sed y el hambre
-ya sin color ni sabor mis sentidos-
subo a pedir aire a gritos a las cumbres.

Ay, cuando estoy a punto de volarme y perderme,
la mano de mi madre
me sostiene, me sacia, me oprime, me perdona,
me redime, me saca las espinas. Me mece
en su regazo, porque yo soy el hijo ciego
que pone en pie su sangre.

Yo sé por dónde nace, de qué grietas exhala su destello.
Como empieza a romperse. Con qué dulzura anunciase su gracia.
Cuánto es el gran latido de su prudencia. Qué congoja
la estremece al tocarme por adentro.

A ese golpe, ya nada es imposible. Las piedras se levantan.
Descorren sus visiones las cortinas terrestres.
Del sepulcro, la cara de mi alma se incorpora.
De todos los objetos maná un éter distinto,
como si en esa atmósfera mi madre me pariera
desde el sol de su entraña, donde roe un cangrejo:
oh gran cáncer que pudres
la vertiente y el vino de mis actos.

Yo me como a mi madre en el pan y en el vino.
Oh materia materna.
Tú estás escrita en todas las letras de los árboles.
Tu memoria está escrita en la corteza.
Labrada en roca hermética, en la arena y la playa.
En la ciudad está tu viudez y tu brío.
Tu mano está conmigo en todas partes.
De la abundancia de tu corazón
habla mi boca.

Ahora eres mi hija
ya vuelta inspiración como una nube.

Tú trabajas en mí. Riegas mis árboles. Atiendes
tu labor sin fatiga, ordenándolo todo.
Callada, pero múltiple, preparando mi viaje.
Siempre despierta en un insomnio fúlgido.
Segadora del trigo que sembraste llorando.
Ahora libre en toda tu riqueza.

Mirando el tiempo mío en un día sin tiempo,
tú bebes en mi-copa.

La mano del demonio
me llama desde el árbol de la ciencia.
Me llama por mi número.
Me regala su reino
por un verso de orgullo contra el polvo
del que nací, y al cual retornaré
como mi madre.

Ella está en mí. Yo, en ella. Ambos estamos
dentro de un mismo vientre, reunidos
adentro de las cosas que existen y se mueren
de su existencia, adentro de los árboles,
donde despunta el sol en sus raíces.

Porque si soy el día, ella es la aurora,
ella es la identidad, y yo su idea fija.
Ambos desembocamos en el vientre
de la madre común, estremecida
en su virginidad preñada por el fuego.

Estoy creado en fósforo. La luz está conmigo.
La materia es mi madre.

Soy el pájaro ardiente de negra mordedura
que hace su nido en el pezón de la virgen,
por donde sale la materia
como una vía láctea,

a iluminarme el movimiento de la obscura
mancha solar del solo pensamiento.

A esas ubres estériles, hoy vive amamantando
lo ilusorio de mi naturaleza,
que busca en el carbón la veta de su sangre,
que pide a la tiniebla su ciega dinamita
en el proceso del alumbramiento
de la palabra.

De ese musgo gastado de apariencia difunta,
me nutro como un puerco.

De esos pechos jugados, como naipes marcados,
y vueltos a jugar hasta el delirio
me alimento, me harto, y en ellos me conozco
cómo era antes de ser, cómo era mi agonía
antes de perecer en el diluvio.

Salmo real

Realidad: líbrame
de los pájaros declamados en tu nombre.
Bástame con mis órganos
para poseerte desnuda,
en tu esencia de lodo quemante.

Dormía mi volcán
copiado por el lago del olvido
cuando la tempestad
rompió mi cráter con su arado,
y estalló la semilla de la acción en mi estrella.

Antaño me doblaba
en labrador y trigo, y tenía dos manos
enemigas, y dos ojos feroces.
Hoy duermo y velo, al mismo
tiempo que tú eres, Realidad, mi sangre.

Tú repartes tu rostro, Realidad,
para que todos se vean en él.
Oh si todos los hombres te supieran mirar
sin malicia y temor
tú estarías en ellos como hoy estás en mí.

Te nombro, oh Realidad,
y renace en tu nombre lo profundo

del abismo del Génesis,
como un pájaro
de la corteza de mis secos labios.

Realidad: líbrame
de la entraña roída de mi madre,
y de su espíritu,
pues mataré a mis hijas
para hallar el origen de su pérdida.

Seré bueno. Diré
la verdad sustancial a la justicia.
Me bañaré en el mar,
y seré puro
árbol que da su sombra a los pastores.

Quiero poner
en orden este fuego en que he nacido.
Oh Realidad:
dame tu sal
para enfriarme en ti cual hondo río.

Coro de los ahorcados

Si habéis visto una alcoba,
y en ella un lienzo frígido, y a vuestra novia en él,
envejecida y seca por el mórbido estío,
y el vidrio del terror os corta la mirada;
oh ciegas criaturas
ved nuestra cabellera
morada por el nudo. Tocad nuestra garganta
besada por el nudo.
Arrancadnos la lengua.

Si habéis sido testigos
de ese vaho que todo lo suaviza y lo pudre
en alcobas de negro terciopelo,
cuando ante vuestros ojos se os escapa el origen,
y vosotros estáis inclinados y mudos
oliendo alcohol divino, que es esencia materna,
de facciones hundidas, como él evaporadas;
oh sordas criaturas,
gustad, más que esa espuma, nuestra seca agonía
mordida por el nudo. Bebed de nuestra arteria
hinchada por el nudo.
Sufrid su lenta gota.

Si habéis tragado el vidrio
del estertor - la uña de lo blando y profundo-,
y madre y podredumbre son un mismo veneno,
y vosotros lloráis de haber nacido:
malditas criaturas,
miradnos suspendidos
entre el cielo y la tierra,
llenos de espasmo y semen para engendrar el odio
-hijo del nudo-: vednos coronados de asco.
Doblados a la nada por el nudo.

Si el huracán hambriento de vuestra dentadura
ha roído los huesos de la muerte sembrada.
Si habéis partido y vuelto
desde el vientre al sepulcro.
Y si ya el sobresalto vela vuestros sentidos
helados por la sátira de la risa postrera:
pérfidas criaturas,
despertad con nosotros
para reinar mil años por un instante frío
bajo el ojo infernal, que es el ojo del nudo.
Vivid de pie en el trono.

Si no habéis perdonado
al Cadáver Supremo -el ladrón de la noche-,
su robo y su codicia.
Si os habéis rebelado contra su mano augusta.
Si viene vuestra hora;
ved cómo os crece un nudo
alrededor del cuello, cada sol, corredizo.

La trampa bajo el trono,
el horizonte en ruinas;
arrugados, famélicos hasta la eternidad,
tocad dónde comienza vuestro nudo.

Oid crecer las flores debajo del patíbulo
regadas por el semen de la muerte.
Aventad sus semillas para que nadie sepa
dónde comienza el nudo.
Deshojad sus cenizas.

Oh ciegas criaturas.
El sol está morado.
La aurora es una farsa. Desconfiad
del nudo: centinela del gusano.

El principio y el fin

Cuando abro en los objetos la puerta de mi mismo:
¿quién me roba la sangre, lo mío, lo real?
¿Quién me arroja al vacío
cuando respiro? ¿Quién
es mi verdugo adentro de mí mismo?

Oh Tiempo. Rostro múltiple.
Rostro multiplicado por ti mismo.
Sal desde los orígenes de la música. Sal
desde mi llanto. Arráncate la máscara riende.
Espérame a besarte, convulsiva belleza.
Espérame en la puerta del mar. Espérame
en el objeto que amo eternamente.

Naturaleza del fastidio

Ni el pan de la razón ni el pan de locura
ni el pensamiento sólido ni el pensamiento líquido
saben tanto del hombre como el cráneo nublado
por el aburrimiento.

Es un vapor que emana de toda la tristeza
depositada adentro como una nebulosa,
poblada por los blancos microbios de la muerte
como el gas de la asfixia.

Sale a la calle a ver la sombra de su amada,
y sólo ve zapatos por todos los paseos,
rostros picados por la peste, arrugas:
un mundo envejecido.

Sólo se ve a sí mismo fuerte y libre
con su dura corteza de fanático,
asistiendo a la muerte de los otros,
al paso real del tiempo.

Pasan enamorados deseándose eternos,
banqueros llenos del hambre del pobre,
mujeres con las llagas bajo el lujo.
Pasan los infelices.

Ricos, menesterosos, asesinos,
ladrones, perversos, todos pasan

con la seguridad de vivir siempre
pasando a mejor vida.

Se oyen los juramentos del amor. El galán
que dice: "Yo me muero por ti", debe matarse,
debe dejar en orden la ropa blanca y negra
que ha de ponerse al irse.

Pero no esté jurando como un perro a la luna.
Todo ha de hacerse ahora que el tiempo está pasando.
Ahora que hay un poco de sol bajo las venas.
Todo ha de hacerse ahora.

El vidente que guarda la muerte en sus pupilas,
todo lo ve más claro bajo el aburrimiento.
Por eso ve detrás de los rostros la nada,
como si fuera un adivino.

Si los huesos terminan en trigo o en carbón,
el pensamiento en cambio se nutre del hastío.
La carrera es difícil. Corramos hasta el fin
para saber qué pasa.

El abismo llama al abismo

I

Es una inmensa cama llena de concubinas:
playa de plumas frívolas, sábanas de gangrena,
donde estoy arrojado, despedido, desnudo.

Es la bahía inútil en que flota la muerte
mi costumbre de estar echado entre esas páginas,
murmurando el deseo de quemarlas conmigo.

¿Siempre será un espíritu carnicero mi cuerpo
montado en el ciclón de mi ánimo partido,
consumido en un lecho de llamas por mi orgullo?

Los pájaros que un día cantaron en mi estrella,
las estrellas que un día jugaron a ser rosas,
todo fué un ramo lívido de mustios huracanes.

Los príncipes que hablaron la lengua del delirio
para dar en el blanco de las contradicciones,
mentidos labios fueron de falso vaticinio.

¿Dónde está el libro abierto con el cuadro del juicio?
¿Dónde la letra angélica tocada por la gracia?
¿Cuál de estos cuerpos guarda la tinta del vidente?

Oigo un coro en la lluvia de la luz afilada,
destapar mi sellada cara descolorida:
" Si mueres, qué te vale ganar el mundo entero".

La zarza ardiendo arrasa mi dictada escritura.
Oh mujeres: sois letras muertas sobre el papel.
Mientras yo estoy durmiendo en un árbol cerrado,
mi cabeza en el éter, y mi labio en la copa.

II

Nacido de mujer, rayo de un día,
siglo de sinsabores, fuí azotado
en mi niñez por la peste divina.

Turbado y conturbado, mi torrente
hoy vuelve su caudal a la cascada,
por donde canta el trueno del verano.

¿Por qué caía una ciudad del cielo
para llevarme, para seducirme
con el pan, con el vino y el pecado?

Tal vez mi lengua es hoja traicionera
que abre una herida honda en su caricia,
al rescatar del labio la inocencia.

¿Quién era yo para vestir de duelo,
para cambiar el curso de la luna?
¿Quién era sino el hambre de las cosas?

La ruina fué mi ley. Subí al cadalso.
Bebí mi cáliz de amarga cicuta.
Y no morí. Ni salí de la tierra.

Entré cantando a las grandes ciudades
donde hervía la noche en su miseria.
Donde todas las calles me lucían
el animal variable de su amor.
Entré cantando en todas las tabernas,
y no pude embriagarme ni reír me.

Huésped fuí de constante madrugada.
Debajo de sus pies puse mis besos
como signos de rosas funerarias.

El hombre se alimenta de mujeres.
De calor y de frío. El hombre llora
su soledad perdida y extranjera.

El hombre corta el aire como un rayo,
sus cabellos comidos por el vértigo,
llamado por la pulpa del pecado.

¡Oh serpiente de amor, hermana mía!
Tú me perdiste. Tú me levantaste.
Oh tú, pecado original del hombre.

Oh lluvia de la fe. Tú me nevaste
con el blancor de antaño, en mi sepulcro.
Tú me diste a comer la poesía.

Patria de realidad: siempre la noche.
Por conquistarla, vivo en el combate,
escribiendo en el mar con mi cuchillo,
hasta abrir el espíritu en mi letra.

III

Cuando la libertad me abre sus alas muertas,
yo me acojo a su amparo. Recorro a su designio.
La mentira es mi parte de verdad, a su sombra.

Me llama una mujer con mis ojos llorados.
Me llama un árbol con los besos de mi copa.
Me llama la tristeza con mi insondable espina.

¿Qué haré? Oh siempre, y siempre. ¿Qué haré para salvarme
de toda la elocuencia del mundo que me llama
desde su abismo, desde su vorágine lúgubre?

Llámame, madre. Llámame, mujer, a tus entrañas.
Yo soy el Desnacido. Llámame a tu belleza
nupcial. Llámame al sueño de tu virtud ardida.

Llámame, muerte. Llámame a tu piedad de piedra.
Llámame, nada. Llámame, nadie. Yo soy el hombre,
rey desencadenado de su antigua tiniebla.

Llámame, corazón, a tu fuego increado.
Llámame a mi patíbulo. Que estoy presto a morirme,
en defensa de todo lo que nunca mi lengua
pudo decir del viento de mi niñez perdida.

Rotación y traslación

Mi estrella:
tú, tan partida, y tan única,
y tan total como mi vida,
y mi muerte:
tú
eres la llama
que sale
de mis ojos.

Pareces pájaro,
y eres
cólera
porque tienes tus pétalos
manchados
por la sangre.

No te rompes en lágrimas
ni ríes
cuando tu rueda gira
frenética
en su órbita.

Todo lo haces tuyo
con un golpe
de vista.

Todo
cobra tu vuelo
profundo.

Traspasas el día
con tu eje,
como una aguja
su perla.

Tu rayo
es la piedra
que cae
a remover
las aguas
estremecidas
hacia abajo
como una flecha
sin fondo
donde posar
su cabeza.

Mi estrella:
he salido de ti
para nombrarte
en el mundo,
para comunicarte
con los gusanos,
y los peces,
y las flores,
y el silencio.

Soy tu demonio
divino,
el príncipe
de otras edades,
parecido
a un árbol
por el sismo
arrancado
desde su puesto
de combate,
para volver
al final
de un milenio
de nebulosa
a su fuego
de origen.

Tal vez
la máquina
es mi cadáver.

La guerra
me permite
respirar
a gusto.

La mujer
me recuerda
un precipicio.

Mi estrella;
¿por qué
nací
sobre tu roca?
¿Por qué
crecí
sobre tu espina?

Mi estrella;
mi dominio
es tu vértigo.

A mi alrededor
quema tu luz,
pero
yo te destruyo
por dentro.

El condenado

Aprovecho mi tiempo descifrando las manchas
de la pared, visión de abortada pintura:
bocas que ven, narices que muerden, sensaciones
vivas bajo la cal, llagas abiertas.

¿Soy yo mismo estampado en este muro,
con mis grandes heridas,
con mis grandes pasiones partidas de alto a bajo,
mis arrugas, mis costras?

Reconozco mis labios en esos agujeros
por donde entran y salen las arañas.
Reconozco mis grandes defectos reunidos
en un solo sepulcro.

Allí están mis errores: mi olfato sin perfume,
mis ojos como huecos, y mis orejas sordas.
Si no hubiera nacido, no sería culpable,
ni me viera en el muro.

¿Soy un hombre clavado en estos metros
de madera y estuco, amortajado?
¿Mas cómo puedo verme si estoy muerto
debajo de estos signos tumultuosos?

¡Oh movimiento libre de las formas,
vivos monstruos sellados en relación confusa
de color y sabor, y lenguas amputadas
para que hable el misterio!

Cavernas, pensamientos carcomidos,
espejos miserables de la ruina del hombre.
Trinidad de los cielos: aquí el vicio,
y el odio, y el orgullo.

Condenado a pan y agua
por descifrar las manchas de este mundo,
veo correr al hombre desde la madre al polvo,
como asqueroso río de comida caliente

que inunda los jardines, los cementerios, todo,
y arrasa con la vida y con la muerte.

La fosa común

I

Cuando comemos rosas de mujer, cuando mordemos
la pulpa de la muerte debajo de su casco envanecido,
olvidamos que somos guerreros, nos dejamos
mecer sobre el cadáver de las ondas turbulentas.
Recostados en ellas, las miramos secarse
de las costillas hacia adentro, reducidas
al vaivén de su costra lamida por los besos.

Si el pensamiento erótico pudiera compararse a una destiladera
con una inmensa panza contuviera todos los vientres más hermosos,
y el reloj de su gota anunciara al difunto y al viviente
la hora eterna y vacía,
ningún varón durmiera sobre rosas, ninguna
mujer lo devorara por labios y caderas.

Mujeres y varones saltarían del lecho,
correrían desnudos por los últimos suburbios huyendo de las llamas.
Echarían abajo las puertas donde yace el color amarillo.
Los herederos de la definitiva raza blanca, con los ojos vaciados,
blandirían convulsos la azada y la picota, arañarían
la tierra con sus manos: los nombres por salvar a sus mujeres
abiertas en el vientre, para guardar a sus esposos y sus hijos
como un depósito perpetuo. Todos arrancarían de las llamas.
Por una vez los muertos enterrarían a sus muertos
y, después de una noche de trabajo angustioso,
todos los cementerios del mundo contendrían la verdad en secreto.

Pero no hay tal. El fuego se convierte en caricia
hasta fijar su estrella en un estanque plácido, sin la terrible gota
capaz de iluminar a los amantes trastornados.
Es mejor que ellos duerman, convencidos
de su aparente laxitud, que nunca sepan nada de la muerte.

Porque ella viene sola, sin que nadie la llame. Es la gota perdida
por las bellas mujeres que nos rozan la nariz con su encanto
en las fúlgidas calles donde todo es ganarse la vida a puntapiés.
Blanda gota sangrienta que alimenta al difunto y al viviente,
y consume a los otros animales, y envenena a las flores.

¿A qué mentirnos con la llama del perfume, con la noche moderna
de los cinematógrafos, antecámaras terrestres del sepulcro?
Pongamos, desde hoy, el instrumento en nuestras manos.
Abramos, con paciencia, nuestro nido para que nadie nos arroje con lástima al
reposo.
Cavemos, cada tarde, el agujero, después de haber ganado nuestro pan.

En esa entraña, hay hueco para todos: los pobres y los ricos,
porque en la tierra hay un regalo para todos:
los débiles, los fuertes, las madres, las ramera.
Caen de bruces. Caen de cabeza o sentados.
Por donde más les pesa su persona, todos caen y caen,
Aunque el cajón sea lustroso y de cristal. Aunque las tablas
sin cepillar parezcan una cáscara rota con la semilla reventada.
Todos caen, y caen, y van perdiendo el bulto en su caída,
hasta que son la tierra milenaria y primorosa.

Todo es parte de un día para que el hombre vuelva a su morada.
Así pasamos rápida nuestra vida, ensayando
la forma de dormir, a cubierto del hombre
que hace el crimen y mata, porque quiere dormir como nosotros
metido entre las sábanas y los besos felices,
con todo su egoísmo, y su cuerpo de puerco.

¿Cuántos años dormimos para vivir mil días de tormento
representando el rostro de una máscara virtuosa,
corriendo, defecando, mintiendo, temerosos y temidos?
-No es extraño que el hombre duerma una eternidad
si sólo el sueño pudo librarlo, media vida, de la farsa.

II

Aquí cae mi pueblo. A esta olla podrida de la fosa
común. Aquí es salitre el rostro de mi pueblo.
Aquí es carbón el pelo de las mujeres de mi pueblo,
que tenían cien hijos, y que nunca abortaban como las meretrices
de los salones refinados, en que se compra la belleza.

Aquí duermen los ángeles de las mujeres que parían
todos los años. Aquí, late el corazón de mis hermanos.
Mi madre duerme aquí, besada por mi padre.
Aquí duerme el origen de nuestra dignidad:
lo real, lo concreto, la libertad y la justicia.

Yo soy un animal de presa, porque sangro por los ojos
cuándo pierdo un instante de comerme la vida a dentelladas.
Cuando pierdo mi tiempo en las palabras que designan a las cosas.
Buscándolas, me pierdo. Se va el sol. La tiniebla es mi mortaja.
¿Qué varón puede serlo si no es un animal de presa?

Una fosa común es una cosa que se hace de fuego.
He visto sepulturas millonarias donde todo es de mármol.
Pasiones descompuestas. Carne fétida, guardada
como manjares llenos de moscas. Desperdicios
que se pudren debajo de las doradas letras.

Barro. Fuego. Centella. Cosa viva.
Fosa común, abierta para el hombre que cae
a otra vida inmediata donde no hay la pobreza
sino el trabajo que se vuelve roca,
para que un día labren sobre su rostro el fuego.

Yo comparo el amor a la fosa común,
en que todo es quemarse para encender la tierra.
Los hijos de los hombres son las únicas lámparas,
porque en esta carrera sin fin de las edades
sólo vale el que sabe quemarse. Sólo es hombre
quien recibe su fuego, y parte velozmente
por la pista a entregarlo a otras manos seguras.

El sol es la única semilla

Vivo en la realidad.
Duermo en la realidad.
Muero en la realidad.

Yo soy la realidad.
Tú eres la realidad.
Pero el sol
es la única semilla.

¿Qué eres tú? ¿Qué soy yo
sino un cuerpo prestado
que hace sombra?

La sombra es lo que el cuerpo
deja de su memoria.

Yo tuve padre y madre.
Pero ya no recuerdo
sus cuerpos ni sus almas.

Mi rostro no es su rostro
sino, acaso, la sombra,
la mezcla de esos rostros.

Tú haces el bien o el mal.
Tú eres causa de un hecho,
pero: ¿eres tú tu causa?

Te dan lo que te piden.
Piden lo que te dan.
Total: entras y sales.

Dejas tu pobre sombra
como un nombre cualquiera
escrito en la muralla.

Peleas. Duermes. Comes.
Engendras. Envejeces.
Pasas al otro día.

Los demás también mueren
como tú, gota a gota,
hasta que el mar se llena.

¿Has pensado en el aire
que ese mar desaloja?

Tú y yo somos dos tablas
que alguien cortó en el bosque
a un árbol milenario.

Pero ¿quién plantó ese árbol
para que de él saliéramos
y en él nos encerráramos?

A ti no te conozco,
pero tú estás en mí
porque me vas buscando.

Tú te buscas en mí.
Yo escribo para ti.
Es mi trabajo.

Vivo en la realidad.
Duermo en la realidad.
Muero en la realidad.

Yo soy la realidad.
Tú eres la realidad.
Pero el sol
es la única semilla.

Descenso a los infiernos

Yo no descanso nunca. Yo no tengo reposo
porque me estoy haciendo y deshaciendo.
Soy la lengua incesante del mar que anuncia el éter y el abismo.

Mi palabra anda en boca de todos los amantes
que descuartizan su alma por los besos
para honrar con su llama la acción de la semilla.

¿Por qué veo a los hombres en catástrofe?
¿Por qué los veo presos
si siempre fueron libres, con las alas cortadas?

¿No soy hijo del hombre? ¿No soy parte del día?
¿No soy sobreviviente de otros ojos vaciados,
ojos que hace mil años se abrieron en el niño
que era mi propio cuerpo?

¿No heredarán mis ojos los hijos de mi canto
hasta hacerse otra vez un niño misterioso
que llorará ante el mar sin poder comprenderlo?

Me paseo furioso,
cortado en dos mitades milenarias,
como el gran mar que tiene dos cabezas erguidas
para mirar arriba y abajo la tormenta.

¿Dónde empieza y termina la pasión de mi cuerpo,
libre de la mentira? ¿Es mi sangre la estrella
del movimiento, sol de doble filo,
en que lo oscuro mata a lo confuso?

Me alimento de sangre.
Por eso estoy hundido,
en esa posición de quien perdió su centro,
la cabeza apoyada en mis rodillas,
como una criatura que vuelve a las entrañas
de millares de madres sucesivas,
buscando en esos bosques las raíces primeras,
mordido por serpientes y pájaros monstruosos,
nadando en la marea del instinto,
buscando lo que soy, como un gusano
doblado para verse.

¿Es la pasión la forma de mi conocimiento?
¿Son mis ojos las manchas
del aire? ¿O es el aire padre de la mentira?

El sol, todo este sol que me desvela al fondo de las últimas formas
con su estallido inexplicable,
me está poniendo ciego de mirar lo perdido.

Yo veo por mis actos mucho más que a través de mis visiones
que mi ceguera es parte de la total videncia,
cuya luz me fascina con sólo obscurecerme
debajo de esos soles ociosos y enredados
que componen los días de este mundo.

Mi obscuridad se sale de madre para ver
toda la relación entre el ser y la nada,
no para hacer saltar el horizonte,
ni para armar los restos de lo que fué unidad,
ni para nada rígido y mortuorio,
sino por ver el método de la iluminación
que es obra de mi llama.

Así vivo en lo hondo de mis cinco sentidos
mil años boca arriba y otros mil boca abajo,
pues necesito entrar a saco en cada cosa,
sembrar allí un volcán y dejarlo crecer
hasta que estalle solo.

Yo no explico las causas como si fueran flores
encima de una mesa llena de comensales,
mientras suena la música.

Oh miseria del hombre,
desde hace miles de años
la mentira es el único cadáver
que contamina el éter de las cosas:
el cadáver sin fin, ese pelo infinito
que aparece en el punta de la lengua.
Ese pelo de muerto que cae de la noche,
nuestro peor cuchillo,
que nos corta los ojos con dulzura.

Me imagino que todos los cobardes
viven de la mentira,
todos esos que buscan
los principios debajo de las piedras,
seres que no son hijos de sus obras
sino esclavos del miedo.

El poeta maldice a su cadáver

Fuiste la libertad de salvarte o perderte.
Viste el mundo sin ver lo que era el mundo.
¿Por qué fué deformada en tus pupilas
la luz fundamental? ¿Perdiste la razón
antes de resolverse la raíz de tu origen?

Maldita sea tu naturaleza
que sopló por tu boca la hermosura
de la imaginación. Maldita sea
la belleza que hablaba por tu boca.
Maldito el yacimiento de todas tus palabras.

¿Por qué estás disfrazado bajo el vidrio,
como un libro sellado para siempre,
letra inútil, fatídica escritura?
¿Por qué tras de tus ojos ya no está el fuego eterno,
máscara del gusano?

Esta es tu boca. -¿Dónde están tus besos?
Esta es tu lengua. -¿Dónde tu palabra?
Estas, tus piernas. -¿Dónde están tus pasos?
Este tu pelo. -¿Dónde tu lujuria?
Este, tu cuerpo. ¿Dónde tu persona?
Estas, tus manos. -¿Dónde está tu fuerza?
Todo esto fuiste tú. -¿Dónde estás tú?
Dime: ¿dónde hubo un hombre?

Ya no puedes llorar como los árboles
cuando el viento trastorna sus sentidos.
Ya no eres animal, ni adivino del mundo.
Te estás secando poco a poco. Estás
quemando tus acciones, hasta ser
polvo del torbellino.

A quien vela, todo se revela

Bello es dormir al, lado de una mujer hermosa,
después de haberla conocido
hasta la saciedad. Bello es correr desnudo
tras ella, por el césped
de los sueños eróticos.

Pero es mejor velar, no sucumbir
a la hipnosis, gustar la lucha de las fieras
detrás de la maleza, con la oreja pegada

a la espalda olorosa,
a mano como víbora en los pechos
de la durmiente, oírla
respirar, olvidada de su cuerpo desnudo.

Después, llamar a su alma
y arrancarla un segundo de su rostro,
y tener la visión de lo que ha sido
mucho antes de dormir junto a mi sangre,
cuando erraba en el éter;
como un día de lluvia.

Y, aún más, decirle: "Ven,
sal de tu cuerpo. Vámonos de fuga.
Te llevaré en mis hombros, si me dices
que, después de gozarte y conocerte,
todavía eres tú, o eres la nada",

Bello es oír su voz: -"Soy una parte
de ti, pero no soy
sino la emanación de tu locura,
la estrella del placer, nada más que el fulgor
de tu cuerpo en el mundo".

Todo es cosa de hundirse,
de caer hacia el fondo, como un árbol
parado en sus raíces, que cae, y nunca cesa
de caer hacia el fondo.

Al silencio

Oh voz, única voz: todo el hueco del mar,
todo el hueco del mar no bastaría,
todo el hueco del cielo,
toda la cavidad de la hermosura
no bastaría para contenerte,
y aunque el hombre callara y este mundo se hundiera
oh majestad, tú nunca,
tú nunca cesarías de estar en todas partes,
porque te sobra el tiempo y el ser, única voz,
porque estás y no estás, y casi eres mi Dios,
y casi eres mi padre cuando estoy más oscuro.

Los días van tan rápidos

Los días van tan rápidos en la corriente oscura que toda salvación
se me reduce apenas a respirar profundo para que el aire dure en mis pulmones
una semana más, los días van tan rápidos
al invisible océano que ya no tengo sangre donde nadar seguro
y me voy convirtiendo en un pescado más, con mis espinas.

Vuelvo a mi origen, voy hacia mi origen, no me espera
nadie allá, voy corriendo a la materna hondura
donde termina el hueso, me voy a mi semilla,
porque está escrito que esto se cumpla en las estrellas
y en el pobre gusano que soy, con mis semanas
y los meses gozosos que espero todavía.

Uno está aquí y no sabe que ya no está, dan ganas de reírse
de haber entrado en este juego delirante,
pero el espejo cruel te lo descifra un día
y palideces y haces como que no lo crees,
como que no lo escuchas, mi hermano, y es tu propio sollozo allá en el fondo.

Si eres mujer te pones la máscara más bella
para engañarte, si eres varón pones más duro
el esqueleto, pero por dentro es otra cosa,
y no hay nada, no hay nadie, sino tú mismo en esto:
así es que lo mejor es ver claro el peligro.

Estemos preparados. Quedémonos desnudos
con lo que somos, pero quememos, no pudramos
lo que somos. Ardamos. Respiremos
sin miedo. Despertemos a la gran realidad
de estar naciendo ahora, y en la última hora.

Contra la muerte

Me arranco las visiones y me arranco los ojos cada día que pasa.
No quiero ver ino puedo! ver morir a los hombres cada día.
Prefiero ser de piedra, estar oscuro,
a soportar el asco de ablandarme por dentro y sonreír
a diestra y a siniestra con tal de prosperar en mi negocio.

No tengo otro negocio que estar aquí diciendo la verdad
en mitad de la calle y hacia todos los vientos:
la verdad de estar vivo, únicamente vivo,
con los pies en la tierra y el esqueleto libre en este mundo.

¿Qué sacamos con eso de saltar hasta el sol con nuestras máquinas
a la velocidad del pensamiento, demonios: qué sacamos
con volar más allá del infinito
si seguimos muriendo sin esperanza alguna de vivir
fuera del tiempo oscuro?

Dios no me sirve. Nadie me sirve para nada.
Pero respiro, y como, y hasta duermo
pensando que me faltan unos diez o veinte años para irme
de bruces, como todos, a dormir en dos metros de cemento allá abajo.

No lloro, no me lloro. Todo ha de ser así como ha de ser,
pero no puedo ver cajones y cajones
pasar, pasar, pasar, pasar cada minuto
llenos de algo, rellenos de algo, no puedo ver
todavía caliente la sangre en los cajones.

Toco esta rosa, beso sus pétalos, adoro
la vida, no me canso de amar a las mujeres: me alimento
de abrir el mundo en ellas. Pero todo es inútil,
porque yo mismo soy una cabeza inútil
lista para cortar, por no entender qué es eso
de esperar otro mundo de este mundo.

Me hablan del Dios o me hablan de la Historia. Me río
de ir a buscar tan lejos la explicación del hambre
que me devora, el hambre de vivir como el sol
en la gracia del aire, eternamente.

¿Qué se ama cuando se ama?

¿Qué se ama cuando se ama, mi Dios: la luz terrible de la vida
o la luz de la muerte? ¿Qué se busca, qué se halla, qué
es eso: amor? ¿Quién es? ¿La mujer con su hondura, sus rosas, sus volcanes,
o este sol colorado que es mi sangre furiosa
cuando entro en ella hasta las últimas raíces?

¿O todo es un gran juego, Dios mío, y no hay mujer
ni hay hombre sino un solo cuerpo: el tuyo,
repartido en estrellas de hermosura, en particular fugaces
de eternidad visible?

Me muero en esto, oh Dios, en esta guerra
de ir y venir entre ellas por las calles, de no poder amar
trescientas a la vez, porque estoy condenado siempre a una,
a esa una, a esa única que me diste en el viejo paraíso.

Uno escribe en el viento

Que por qué, que hasta cuándo, que si voy a dormir noventa meses,
que moriré sin obra, que el mar se habrá perdido.
Pero yo soy el mar, y no me llamo arruga
ni volumen de nada.

Crezco y crezco en el árbol que va a volar. No hay libro
para escribir el sol. ¿Y la sangre? Trabajo
será que me encuadernen el animal. Poeta
de un tiro: justiciero.

Me acuerdo, tú te acuerdas, todos nos acordamos
de la galaxia ciega desde donde vinimos
con esta luz tan pobre a ver el mundo.
Vinimos, y eso es todo.

Tanto para eso, madre, pero entramos llorando,
pero entramos llorando al laberinto
como si nos cortaran el origen. Después
el carácter, la guerra.

El ojo no podría ver el sol
si él mismo no lo fuera. Cosmonautas, avisen
si es verdad esa estrella, o es también escritura
de la farsa.

Uno escribe en el viento: ¿para qué las palabras?
Árbol, árbol oscuro. El mar arroja lejos
los pescados muertos. Que lean a los otros.
A mí con mis raíces.

Con mi pueblo de pobres. Me imagino a mi padre
colgado de mis pies y a mi abuelo colgado
de los pies de mi padre. Porque el minero es uno,
y además venceremos.

Venceremos. El mundo se hace con sangre. Iremos
con las tablas al hombro. Y el fusil. Una casa
para América hermosa. Una casa, una casa.
Todos somos obreros.

América es la casa: ¿dónde la nebulosa?
Me doy vueltas y vueltas en mi viejo individuo
para nacer. Ni estrella ni madre que me alumbre
lúgubrementemente solo.

Mortal, mortuorio río. Pasa y pasa el color,
sangra y sangra mi pueblo, corre y corre el sentido.

Pero el dinero pudre con su peste las aguas.
Cambiar, cambiar el mundo.

O dormir en el átomo que hará saltar el aire en cien mil víboras
cráter de las ciudades bellamente viciosas.
Cementerio volante: ¿dónde la realidad?
Hubo una vez un niño.

1960

La palabra

Un aire, un aire, un aire,
un aire,
un aire nuevo:

no para respirarlo
sino para vivirlo.

Ars poética en pobre prosa

Lo que de veras amas no te será arrebatado.

Voy corriendo en el viento de mi niñez en ese Lebu * tormentoso, y oigo, tan claro, la palabra "relámpago". -Relámpago, relámpago". Y voy volando en ella, y hasta me enciendo en ella todavía. Las toco, las huelo, las beso a las palabras, las descubro y son mías desde los seis y los siete años; mías como esa veta de carbón que resplandece viva en el patio de mi casa. Es el año 25 y recién aprendo a leer. Tarde, muy tarde. Tres meses veloces en el río del silabario. Pero las palabras arden: se me aparecen con un sonido más allá de todo sentido, con un fulgor y hasta con un peso especialísimo. ¿Me atreveré a pensar que en ese juego se me reveló, ya entonces, lo oscuro y germinante, el largo parentesco entre las cosas?

de *Oscuro*, 1977.

* *Leufü*: torrente hondo, en mapuche original. Después, en español, *Lebu*, capital del viejo Arauco invencible como dijera Ercilla en sus octavas majestuosas. Puerto marítimo y fluvial, maderero, carbonífero y espontáneo en su grisú, con mito y roquerío suboceánico, de mineros y cráteres -mi padre duerme ahí-; de donde viene uno con el silencio aborígen.

No le copien a Pound

No le copien a Pound, no le copien al copión maravilloso
de Ezra, déjenlo que escriba su misa en persa, en cairo-araméo, en sánscrito,
con su chino a medio aprender, su griego translúcido
de diccionario, su latín de hojarasca, su libérrimo
Mediterráneo borroso, nonagenario el artificio
de hacer y rehacer hasta llegar a tuntas al gran palimpsesto de lo Uno;
no lo juzguen por la dispersión: había que juntar los átomos,
tejerlos así, de lo visible a lo invisible, en la urdimbre de lo fugaz
y las cuerdas inmóviles; déjenlo suelto
con su ceguera para ver, para ver otra vez, porque el verbo es ése: ver,
y ése el Espíritu, lo inacabado
y lo ardiente, lo que de veras amamos
y nos ama, si es que somos Hijo de Hombre
y de Mujer, lo innumerable al fondo de lo innumerable;
no, nuevos semidioses
del lenguaje sin Logos, de la histeria, aprendices
del portento original, no le roben la sombra
al sol, piensen en el cántico
que se abre cuando se cierra como la germinación, háganse aire,
aire-hombre como el viejo Ez, que anduvo siempre en el peligro, salten
intrépidos
de las vocales a las estrellas, tenso el arco
de la contradicción en todas las velocidades de lo posible, aire y más aire
para hoy y para siempre, antes
y después de lo purpúreo
del estallido
simultáneo, instantáneo
de la rotación, porque este mundo parpadeante sangrará,
saltará de su eje mortal, y adiós ubérrimas
tradiciones de luz y mármol, y arrogancia; ríanse de Ezra
y sus arrugas, ríanse desde ahora hasta entonces, pero no lo saqueen; ríanse,
livianas
generaciones que van y vienen como el polvo, pululación
de letrados, ríanse, ríanse de Pound
con su Torre de Babel a cuestras como un aviso de lo otro
que vino en su lengua;
cántico,
hombres de poca fe, piensen en el cántico.

El principio y el fin

Cuando abro en los objetos la puerta de mí mismo:
¿quién me roba la sangre, lo mío, lo real?
¿Quién me arroja al vacío

cuando respiro? ¿Quién
es mi verdugo adentro de mí mismo?

Oh Tiempo. Rostro múltiple.
Rostro multiplicado por ti mismo.
Sal desde los orígenes de la música. Sal
desde mi llanto. Arráncate la máscara riente.
Espérame a besarte, convulsiva belleza.
Espérame en la puerta del mar. Espérame
en el objeto que amo eternamente.

1940

Un bárbaro en el Asia

Aquí en el centro del mundo, pero la Tierra no es el centro del mundo,
uno se inflama o se seca; la Tierra misma es páramo: de ella vinimos;
nos parecemos a su piel, sonamos verdes o blandos según las estaciones,
todo transcurre en su mudanza, cumplimos años tan ligeramente, nos
quemamos y ardemos, pedimos plazo y más plazo; viene el Tiempo, ¿quién,
quien hilará después el hilo que hilaremos?

La poesía se adelanta y sus agujas marcan el vuelo de las aves.

Tien An Men, Pekín, 1971.

Ese ruido en los sesos

En las noches
cuando los oigo
rondar como libélulas
me digo:
¿morirán alguna vez
turbios decadentes
o serán los testigos de todas las caídas
o serán animales sin testículos
que presumen de dioses, ruido
y ángeles, Swedenborg, o serán necesarios?

Y nacer es aquí una fiesta innombrable

a José Lezama Lima (1910-1976)

Respiras por palabras diez mil veces al día,
juras por el amor y la hermosura
y diez mil veces purificas tus pulmones
mordiéndolo soplo de la ráfaga extranjera,
pero todo es en vano, la muerte, el paladar,
el pájaro verbal que vuela de tu lengua.

Monólogo del fanático

Por mis venas discurre la sangre presurosa del animal inútil
que come cuatro veces al día como un puerco,
que me tutea y me deprime
con su palabra ufana,
testimonio evidente de esa parte de mí
que se muere al nacer, como una nube;
lo blando, lo confuso, lo que siempre está fuera
del peligro, el adorno y el encanto.

No beberé. No comeré otra carne
que la luz del peligro.
No morderé otra boca que la boca del fuego.
No saldré de mi cuerpo si no para morirme.

Ya no respiraré para otra cosa
que para estar despierto noche y día.

1940

Pareja humana

Hartazgo y orgasmo son dos pétalos en español de un mismo lirio tronchado
cuando piel y vértebras, olfato y frenesí tristemente tiritan
en su blancura última, dos pétalos de nieve
y lava, dos espléndidos cuerpos deseosos
y cautelosos, asustados por el asombro, ligeramente heridos
en la luz sanguinaria de los desnudos:
un volcán
que empieza lentamente a hundirse.

Así el amor en el flujo espontáneo de unas venas
encendidas por el hambre de no morir, así la muerte:
la eternidad así del beso, el instante
concupiscente, la puerta de los locos,
así el así de todo después del paraíso:
-Dios,
ábrenos de una vez.

Papiro mortuorio

Que no pasen por nada los parientes, párenlos
con sus crisantemos y sus lágrimas
y aquellos acordeones para la fiesta
del incienso; nadie
es el juego sino uno, este mismo uno
que anduvimos tanto por error
de un lado a otro, por error: nadie
sino el uno que yace aquí, este mismo uno.

Cuesta volver a lo líquido del pensamiento
original, desnudarnos como cantando
de la airosa piel que fuimos con hueso y todo desde
lo alto del cráneo al último
de nuestros pasos, tamaña especie
pavorosa, y eso que algo
aprendimos de las piedras por el atajó
del callamiento.

A bajar, entonces, áspera mía ánima, con la dignidad
de ellas, a lo gozoso
del fruto que se cierra en la turquesa de otra luz
para entrar al fundamento, a sudar
más allá del sudario la sangre fresca del que duerme
por mí como si yo no fuera ése,
ni tú fueras ése, ni interminablemente nadie fuera ése,
porque no hay juego sino uno y éste es el uno:
el que se cierra ahí, pálidos los pétalos
de la germinación y el agua suena al fondo
ciega y ciega, llamándonos.

Fuera con lo fúnebre; liturgia
parca para este rey que fuimos, tan
oceánicos y libérrimos; quemén hojas
de violetas silvestres, vístanme con un saco
de harina o de cebada, los pies desnudos
para la desnudez
última; nada de cartas
a la parentela atroz, nada de informes

a la justicia; por favor tierra,
únicamente tierra, a ver si volamos.

Urgente a Octavio Paz

77 es el número de la germinación de la otra
Palabra, en lo efímero
de la vuelta
mortal
con tanto Octavio todavía
por aprender del aire, con tanta ceiba
libre que uno pudiera ser, si uno pudiera
ser ceiba en la tormenta con exilio
y todo en la germinación del número

de esta América de sangre con ventisquero
y trópico y grandes ríos
de diamante, sin más tinta
que esta respiración para escribir tu nombre más allá de las nubes
de México ciego hasta cómo decirlo
el otro México que somos todos cuando la aorta
del amanecer abre ritual el ritmo de las violetas
carnales de la Poesía, las muchachas de bronce que marchaban airoosas al
sacrificio
desnudas al matadero por nosotros antes de parirnos
altas en su doncellez hacia lo alto de los cóndores

desde donde jugarnos mientras caemos página
tras página en este juego de adivinos
del siempre y el nunca de las estrellas y tú te llamas por ejemplo
77 ángeles corno Blake y yo mismo me llamo
77 especies de leopardos voladores porque es justo que el aire
vuelva al aire del pensamiento y no muramos
de muerte y esto sea el principio Octavio
de otro principio y otro, y además no vinimos
aquí a esto.

Del relámpago

Prácticamente todo estará hecho de especulaciones
y eyaculaciones, la libertad,
esa rosa que arde ahí, la
misma Nada en sus pétalos,
la memoria de quién, el libro de aire
de los cielos, esta música

oída antes, el esperma de David
que engendró al otro, y ese otro
al otro como en el jazz, diamantino
el clarinete del fulgor largo, nueve
el número de nacer, más allá de los meses
lo imposible y faraónico, y el otro
al otro,
lo
aullante del círculo

de esta vieja película que vuela en el cilindro
de su éxtasis según la filmación
de los esenios cuyas máquinas
fueron capaces de ir al fondo
del laberinto palpando
una y otra vez el curso
de las estrellas en la sangre
de las hermosas, arbitrario
claro está el mecanismo, disperso
por simultáneo el sacrificio si es que el cerebro
puede más que el Hado:
al Hado
lo vadean los muertos, viven vadeándolo
leguas de agua hasta
que ya no hay orilla, unas gaviotas
vuelan hacia el sur, habrá llovido
abajo este verano lo tormentoso
de estos meses.

A Pedro Lastra.

Poeta estrictamente cesante

Días de plumaje difícil, amarillento, en ese otro marfil
que no es el de los trigales, cuánto polvillo
para pararte en lo pernicioso de esos zapatos y salir
así a dónde por este Santiago-capital-de-no-sé-qué
a buscar trabajo, kilos de trabajo,
litros de esa especie sucia que no es amor
ni Pound ni Píndaro, que hace agua por todas partes.

Y tanto para qué, eso es lo que me dicen impertinentes, intermitentes por los
vidrios en
la trepidación liviana del Metro esas dos
que van ahí bellísimas a la siga de nada
que no sea semen o fulgor
de hombre, zafiro de hombre
para la transparencia de la turquesa, y yo aquí jade

negro con este traje
de loco que no va más, que
no ha ido tal vez nunca.

Abiertas las escotillas ya es otra cosa, adiós
fragancia de ellas, subo al revés
de los mineros a lo áspero de la veta, fumo smog,
duermo smog, soy smog, lavo mi cerebro en smog, me
llamo asfixia y esto es la ciudad con sus cúpulas
de smog, alicate el resuello,
cortocircuito desorbitado de su órbita el
corazón, pesado el saco, alúmbrenme
alambre las costillas.

Puede usted ocho horas, quince, novecientas así
toser, busca que busca altura, ¡qué bonitos los Bancos
recién pintados para la fiesta con su esqueleto de lujo
y lujuria, ésta sí es Eternidad
y certidumbre!, deposite aquí su alma por
rédito y más rédito fresco, y
no lo piense más, esta noche
será rey, lo lavarán desnudo en la Morgue
como cuando vino: sangre
y sienes; con un pistón lo lavarán
rey ahí,
quietecito.

Remando en el ritmo

Cada lágrima derramada con pasión es un grano de arena robado al desierto del
vacío:
cada beso es una llama para el resplandor de los muertos.

Todos los elegíacos son unos canallas

Acabo de matar a una mujer
después de haber dormido con ella una semana,
después de haberla amado con locura
desde el pelo a las uñas, después de haber comido
su cuerpo y su alma, con mi cuerpo hambriento.

Aún la alcoba está llena de sus gritos,
y de sus gritos salen todavía sus ojos.
Aún está blanca y muda con los ojos abiertos,

hundida en su mudez y en su blancura,
después de la faena y la fatiga.

Son siete días con sus siete noches
los que estuvimos juntos en un enorme beso,
sin comer, sin beber, fuera del mundo,
haciendo de esta cama de hotel un remolino
en el que naufragábamos.

Al momento de hundirnos, todo era como un sol
del que nosotros fuimos solamente dos rayos,
porque no hay otro sol que el fuego convulsivo
del orgasmo sin fin, en que se quema
toda la raza humana.

Éramos dos partículas de la corriente libre.
Con el oído puesto bajo ella, despertábamos
a otro sol más terrible, pero imperecedero,
a un sol alimentado con la muerte del hombre,
y en ese sol ardíamos.

Al salir del infierno, la mujer se moría
por volver al infierno. Me acuerdo que lloraba
de sed, y me pedía que la matara pronto.
Me acuerdo de su cuerpo duro y enrojecido,
como en la playa, al beso del aire caluroso.

Ya no hay deseo en ella que no se haya cumplido.
Al verla así, me acuerdo de su risa preciosa,
de sus piernas flexibles, de su honda mordedura,
y aun la veo sangrienta entre las sábanas,
teatro de nuestra guerra.

¿Qué haré con su belleza convertida en cadáver?
¿La arrojaré por el balcón, después
de reducirla a polvo?
¿La enterraré, después? ¿La dejaré a mi lado
como triste recuerdo?

No. Nunca lloraré sobre ningún recuerdo,
porque todo recuerdo es un difunto
que nos persigue hasta la muerte.
Me acostaré con ella. La enterraré conmigo.
Despertaré con ella.

Aquí cae mi pueblo

Aquí cae mi pueblo. A esta olla podrida de la fosa común. Aquí es salitre el rostro de mi pueblo. Aquí es carbón el pelo de las mujeres de mi pueblo, que tenían cien hijos, y que nunca abortaban como las meretrices de los salones refinados, en que se compra la belleza.

Aquí duermen los ángeles de las mujeres que parían todos los años. Aquí late el corazón de mis hermanos. Mi madre duerme aquí, besada por mi padre. Aquí duerme el origen de nuestra dignidad: lo real, lo concreto, la libertad y la justicia.

A unas muchachas que hacen eso en lo oscuro

Bésense en la boca, lésbicas
baudelerianas, árdanse, aliméntense
o no por el tacto rubio de los pelos, largo
a largo el hueso gozoso, vívanse
la una a la otra en la sábana
perversa,
y
áureas y serpientes ríanse
del vicio en el
encantamiento flexible, total
está lloviendo peste por todas partes de una costa
a otra de la Especie, torrencial
el semen ciego en su granizo mortuorio
del Este lúgubre
al Oeste, a juzgar
por el sonido y la furia del
espectáculo.

Así,
equivocas doncellas, húndanse, acéitense
locas de alto a bajo, jueguen
a eso, ábranse al abismo, ciérranse
como dos grandes orquídeas, diástole y sístole
de un mismo espejo.

De ustedes
se dirá que amaron la trizadura.
Nadie va a hablar de belleza.

Aiuleia por la resurrección de Georges Bataille

Pueda ser que Bataille me oiga, Georges
Bataille, el que vio a Dios
el 37 en la vulva
de Mme. Edwarda, medias y
muslos de seda blanca, la noche
del cerezo en el burdel, y escriba
lo que no sé voluptuoso en el lino
del papiro la palabra
que él supo y yo no sé, la
Palabra.

Y así todo sea jueves, el mar
jueves, el oxígeno
para arder, el mismo
hueso propicio, el trapecio
donde uno duerme como en la madre el ocio
hacedor.

A él encomiendo mi hambre por
santo torrencial descarado, a él
mi libertino
liberto de todo, por
vidente y riente
que apostó entero el orgasmo al
desollamiento vertiginoso
de ser en el exceso hombre, a él,
escrito como está en el precipicio el Mundo, pardos los
azules ojos oscuros abiertos.

La palabra placer

La palabra placer, cómo corría larga y libre por tu cuerpo la palabra placer
cayendo del destello de tu nuca, fluyendo
blanquísima por lo vertiginoso oloroso de
tu espalda hasta lo nupcial de unas caderas
de cuyo arco pende el Mundo, cómo lo
músico vino a ser marmóreo en la
esplendidez de tus piernas si antes hubo
dos piernas amorosas así considerando
claro el encantamiento de los tobillos que son
goznes que son aire que son
partícipes de los pies de Isadora
Duncan la que bailó en la playa abierta para Serguei
Iesénin, cómo

eras eso y más para mí, la
 danza, la contradanza, el gozo
 de olerte ahí tendida recostada en tu ámbar contra
 el espejo súbito de la Especie cuando te vi
 de golpe, icon lo lascivo
 de mis dedos te vi!, la
 arruga errónea, por decirlo, trizada en
 lo simultáneo de la serpiente palpándote
 áspera del otro lado otra
 pero tú misma en la inmediatez de la sábana, anfibia
 ahora, vieja
 vejez de los párpados abajo, pescado
 sin océano ni
 nada que nadar, contradicción
 siamesa de la figura
 de las hermosas desde el
 paraíso, sin
 nariz entonces rectilínea ni pétalo
 por rostro, pordioseros los pezones, más
 y más pedregosas las rodillas, las costillas:
 -¿Y el parto, Amor,
 el tisú epitelial del parto?

De él somos, del
 mísero dos partido
 en dos somos, del
 báratro, corrupción
 y lozanía y
 clítoris y éxtasis, ángeles
 y muslos convulsos: todavía
 anda suelto todo, ¿qué
 nos iban a enfriar por eso los tigres
 desbocados de anoche? Placer
 y más placer. Olfato, lo
 primero el olfato de la hermosura, alta
 y esbelta rosa de sangre a cuya vertiente vine, no
 importa el aceite de la locura:
 -Vuélvete, paloma,
 que el ciervo vulnerado
 por el otero asoma.

Para Cristina Grau y René de Costa.

Descendimiento de Hernán Barra Salomone

Ahora me vienen con que es el Ñato Barra el que le ha dado un portazo
 a todo esto, él tan fino y
 veloz como su nariz que se adelantaba a

verlo todo de un tiro como llorando,
como riendo de este abuso
de precauciones impuestas por la servidumbre de
morir; ahora
lo cierra todo y sale. O

más bien se me adelanta unos minutos escasos con un 3
en la mano, ¿a dónde vas con ese 3
peligroso que puede
estallar, a dónde va corriendo ese loco?: ¿olvida
que la república arde, el aire arde, los baleados
allá abajo arden en
la noche?

Hay el hombre que entra y hay el que
sigiloso se va desnacido
de unos días verdes, y es el mismo omnívoro sin embargo,
el mismo que olfateó mujer y en ella Mundo en
comercio con el Hado, ¿cuál Hado?; a un metro siempre
de la incineración, tan apuesto y seguro en su traje hilado
con hebra de mercader, cortado por
la Fortuna, ¿cuál fortuna,
chillanejo perdedor, cuál
fortuna?

Viene uno al mundo por ejemplo en Chillán de donde se deduce que en
Chillán está la fiesta, habrá que lacearlo
con paciencia al animal, con
encantamiento, como se pueda, entre
exceso y
exceso, por sabiduría
y epifanía como dice el guitarrón, para
que aparezcan los dioses
suelos, ¡el Mercado
estará lleno
de dioses suelos: mendigos
que vienen de otra costa, músicos ciegos con
caras de santos tirados al sol rodeados
de desperdicios, palomas que
de repente salen solas de adentro del aire!; ellos
hablan con ellas y *ven*, ¿qué es lo que ven? Tú no
creías,
no creías en los alumbrados, yo
creía.

Qué bueno ahora hablar de esto, qué bueno hablar
de esto ahora entre los dos hasta las orejas como jugando
a hacer Mundo, tú con tu número
en el circo de caballero lastimero, yo
con la pobre máscara de Nadie porque uno es Nadie
si es que es uno, qué bueno

hablar por hablar en el remolino, celebrar el
seso más lozano que hubo, la nariz
gloriosa que estará en el cielo, el barranco
en el medio, ¿me oyes?, ayer no
más me contaron que te quemaron y lloré,
lloré llovizna de ceniza por el poeta pura sangre que fuiste
porque eso fuiste: un poeta pura sangre,
mejor que ninguno, a la
manera de los sentidos desparramados, entre
el zumbido y el ocio, sin
la locura de durar mil años
imodas que se arrugan!, flaco y
certero y lúcido, con esa gracia
que no tuvo nadie. ¿Quién tuvo esa gracia?
Vamos a ver, ¿quién la tuvo?

Pasa que uno muere, eso pasa, quedan por ahí
hijos, algunas tablas si es que
quedan algunas tablas; arrepíentete le
dice a uno el cáncer; ¿arrepíentete de qué? ¡Tú madre
se arrepienta de haber parido miedo! De Rokha
hablaba de átomos desesperados que nos hicieron hombres.
No sé.
Diáfano viene uno.

Al fondo de esto duerme un caballo

Al fondo de todo esto duerme un caballo
blanco, un viejo caballo
largo de oído, estrecho de
entendederas, preocupado
por la situación, el pulso
de la velocidad es la madre que lo habita: lo montan
los niños como a un fantasma, lo escarnecen, y él duerme
durmiendo parado ahí en la lluvia, lo
oye todo mientras pinto estas once
líneas. Facha de loco, sabe
que es el rey.

A quien pueda importar

De las 300.000 palabras que habré pronunciado hasta la fecha, a contar
del miércoles 14 de mayo de mil
novecientos treinta y ocho, hay 3
que se han perdido; las otras

andarán por ahí volando
de oreja en oreja zumbando como avispas en la ritualidad
inacabable del acoplamiento, cruza
de sánscrito con alemán, cultrún* con
tábano griego, Sein
und Zeit de la Gran Serpiente contra
la que nadie puede, galaxia
ciega de la confusión de la que
está hecho el Mundo;
se las encargo
por si las ven: una es
Iñche en mapuche y más bien parece pensamiento
de molusco, la otra
en griego *Hen*, lo Uno
en la ventolera de
Heráclito; la tercera, sin cara:
Dios.

Para Russell M. Cluff

Ningunos

Ningunos niños matarán ningunos pájaros, ningunos errores
errarán, ningunos cocodrilos
cocodrilearán a no ser que el juego
sea otro y Matta, Roberto
Matta que lo inventó, busque en el aire a
su hijito muerto por si lo halla a unos tres metros
del suelo elevándose:
yéndose de esta gravedad.

Ningunas nubes nublarán ningunas estrellas, ningunas
lluvias lloverán cuchillos, paciencias
ningunas de mujeres pacienciarán
en vano, con tal
que llegue esa carta piensa Hilda y el sello
diga Santiago, con tal que esa carta
sea de Santiago, y

el que la firme sea Alejandro y
diga: Aparecí. Firmado: Alejandro
Rodríguez; siempre y cuando
se aclare todo y ningunas
muertes sean muertes, ningunas
Cármenes sean sino Cármenes, alondras en
vuelo hacia sus Alejandros, mi Dios, y
los únicos ningunos de este juego cruel sean ellos, iellos
por los que escribo esto con mi

sintaxis de niño contra el maleficio: los
mutilados, los
desaparecidos!

En cuanto a la imaginación de las piedras

En cuanto a la imaginación de las piedras casi todo lo de carácter copioso es poco fidedigno:
de lejos sin discusión su preñez animal es otra,
coetáneas de las altísimas no vienen de las estrellas,
su naturaleza no es alquímica sino música,
pocas son palomas, casi todas son bailarinas, de ahí su encanto;
por desfiguradas o selladas, su majestad es la única que comunica con la Figura,
pese a su fijeza no son andróginas,
respiran por pulmones y antes de ser lo que son fueron máquinas de aire,
consta en libros que entre ellas no hay Himalayas,
ni ramerías,
no usan manto y su único vestido es el desollamiento,
son más mar que el mar y han llorado,
aun las más enormes vuelan de noche en todas direcciones y no enloquecen,
son ciegas de nacimiento y ven a Dios,
la ventilación es su substancia,
no han leído a Wittgenstein pero saben que se equivoca,
no entierran a sus muertos,
la originalidad en materia de rosas les da asco,
no creen en la inspiración ni comen luciérnagas,
ni en la farsa del humor,
les gusta la poesía con tal que no suene,
no entran en comercio con los aplausos,
cumplen 70 años cada segundo y se ríen de los peces,
lo de los niños en probeta las hace bostezar,
los ejércitos gloriosos les parecen miserables,
odian los aforismos y el derramamiento,
son geómetras y en las orejas llevan aros de platino,
viven del ocio sagrado.

Materia de testamento

A mi padre, como corresponde, de Coquimbo a Lebu, todo el mar,
a mi madre la rotación de la Tierra,
al asma de Abraham Pizarro aunque no se me entienda un tren de humo,
a don Héctor el apellido May que le robaron,
a Débora su mujer el tercero día de las rosas,
a mis 5 hermanas la resurrección de las estrellas,
a Vallejo que no llega, la mesa puesta con un solo servicio,

a mi hermano Jacinto, el mejor de los conciertos,
al Torreón del Renegado donde no estoy nunca, Dios,
a mi infancia, ese potro colorado,
a la adolescencia, el abismo,
a Juan Rojas, un pez pescado en el remolino con su paciencia de santo,
a las mariposas los alerzales del sur,
a Hilda, l'amour fou, y ella está ahí durmiendo,
a Rodrigo Tomás mi primogénito el número áureo del coraje y el
alumbramiento,
a Concepción un espejo roto,
a Gonzalo hijo el salto de la Poesía por encima de mi cabeza,
a Catalina y Valentina las bodas con hermosura y espero que me inviten,
a Valparaíso esa lágrima,
a mi Alonso de 12 años el nuevo automóvil siglo XXI listo para el vuelo,
a Santiago de Chile con sus 5 millones la mitología que le falta,
al año 73 la mierda,
al que calla y por lo visto otorga el Premio Nacional,
al exilio un par de zapatos sucios y un traje baleado,
a la nieve manchada con nuestra sangre otro Nüremberg,
a los desaparecidos la grandeza de haber sido hombres en el suplicio y haber
muerto cantando,
al Lago Choshuenco la copa púrpura de sus aguas,
a las 300 a la vez, el riesgo,
a las adivinas, su esbeltez
a la calle 42 de New York City el paraíso,
a Wall Street un dólar cincuenta,
a la torrencialidad de estos días, nada,
a los vecinos con ese perro que no me deja dormir, ninguna cosa,
a los 200 mineros de El Orito a quienes enseñé a leer en el silabario de
Heráclito, el encantamiento,
a Apollinaire la llave del infinito que le dejó Huidobro,
al surrealismo, él mismo,
a Buñuel el papel de rey que se sabía de memoria,
a la enumeración caótica el hastío,
a la Muerte un crucifijo grande de latón.

Contra vosotros naciendo

Tengo que dar con ese nicho que estaba ahí y no está,
tengo que dar con la transparencia
de esa perdición oyendo a ese pájaro
carácter de rey, tengo en el cementerio
de la costa embravecida que dar con ese metro de
mármol, tengo que hablar con ese muerto.

Tengo que discutir con él la fecha, el
porte, comprobar el desequilibrio
de la ecuación, llamarlo suavemente en quince idiomas con

dulzura, todo se alcanza con dulzura: -Edipo,
decirle, pies hinchados, apiádate de este viejo mortal
ceguera de fósforo: ¿estás
ahí?; considerar la distancia
que nos separa.

Por si se asoma, por si el número
que ando buscando es él y se asoma
y esto se aclara, definitivamente se aclara, y
nos vamos; ahí sí nos vamos
nadando madre arriba como quien vuelve por la torrentera
blanquísima de las diez mil
muchachas a cuál
más hermosa que nos parió, como para comprobar
que el viaje mismo es un absurdo.

Parece que de lo que muere uno es de maniquí

Parece que de lo que muere uno es de maniquí
asustado en la vidriera, inmóvil
y horizontal con ese descaro
como si uno no fuera el que es bajo los claveles
y los gladiolos de alambre
por lo equívoco de las luces;
extraña sal
parece entonces que se apodera de uno
de las uñas a los párpados, se
crece por resurrección fosfórica.
Circunstancias
adversas impídenme concurrir.

Instantánea

El dragón es un animal quimérico, yo soy un dragón
y te amo,
es decir amo tu nariz, la sorpresa
del zafiro de tus ojos,
lo que más amo es el zafiro de tus ojos;

pero lo que con evidencia me muslifica son tus muslos
longilíneos cuyo formato me vuela
sexo y cisne a la vez aclarándome lo perverso
que puede ser la rosa, si hay rosa
en la palpación, seda, olfato

o, más que olfato y seda, traslación
de un sentido a otro, dado lo inabarcable
de la pintura entiéndase
por lo veloz de la tersura
gloriosa y gozosa que hay en ti, de la mariposa,

así pasen los años como sonaba bajo el humo el célebre
piano de marfil en la película; ¿qué fue
de Humphrey Bogart y aquella alta copa nórdica
cuya esbeltez era como una trizadura: qué fue
del vestido blanco?

Décadas de piel. De repente el hombre es décadas de piel, urna
de frenesí y
perdición, y la aorta
de vivir es tristeza,
de repente yo mismo soy tristeza;

entonces es cuando hablo con tus rodillas y me encomiendo
a un vellocino así más durable
que el amaranto, y ahondo en tu amapola con
liturgia y desenfreno,
entonces es cuando ahondo en tu amapola,
y entro en la epifanía de la inmediatez
ventilada por la lozanía, y soy tacto
de ojo, apresúrate, y escribo fósforo si
veo simultáneamente de la nuca al pie
equa y alquimia.

Alegato

Buena nueva para los liridas de Chile: me echaron,
me amarraron y me echaron
en una especie de camisa con un número
colorado en la tapa: -Rojas,
ahí va Rojas el Gonzalo por hocicón
y por crestón y fuera de eso por ocioso, por
desafinado.

En cuanto a mí ya no estoy
para nadie. Por eso me echaron.
Porque no estoy para nadie me echaron.
De la república asesinada y de la otra me echaron.
De las antologías me echaron.
De las décadas salobres me echaron. De lo que no pudieron
es del aire.

Desocupado lector

Cumplo con informar a usted que últimamente todo es herida: la muchacha es herida, el olor a su hermosura es herida, las grandes aves negras, la inmediatez de lo real y lo irreal tramados en el fulgor de un mismo espejo gemidor es herida, el siete, el tres, todo, cualquiera de estos números de la danza es herida, la barca del encantamiento con Maimónides al timón es herida, aquel diciembre 20 que me cortaron de mi madre es herida, el sol es herida, Nuestro Señor sentado ahí entre los mendigos con esa túnica irreconocible por el cauterio del psicoanálisis es herida, el Quijote a secas es herida, el ventarrón abierto del Golfo contra la roca alta es herida, serpiente horadante del Principio, mar y más mar de un lado a otro, Kierkegaard y más Kierkegaard, taladro y por añadidura herida; la preñez en cuanto preñez en la preciosidad de su copa es herida, el ocio del viejo río intacto donde duermen inmóviles los mismos peces velocísimos es herida, la Poesía grabada a fuego en los microsurcos de mi cerebro de niño es herida, el hueco de 1.67 justo en metros de rey es herida, el éxtasis de estar aquí hablando solo en lo bellissimo de este pensamiento de nieve es herida, la evaporación de la fecha de mármol con el padre adentro bajo los claveles es herida, el carrusel pintarrajeado que fluye y fluye como otro río de polvo y otras máscaras que vi en Pekín colgando en la vieja calle de Cha Ta-lá cuya identidad comercial de 2.500 años de droga y ataúdes rientes no se discute, es herida; la cama en fin que allí compré, con dos espejos para navegar, es herida, la perversión de la palabra nadie que sopla desde las galaxias es herida, el Mundo antes y después de los Urales es herida, la hilera de líneas sin ocurrencia de esta visión sin resurrección es herida. Cumplo entonces con informar a usted que últimamente todo es herida.

No escribas diez poemas a la vez

No escribas diez poemas a la vez parece decirme la lectora, escribe cuatro: uno a mis ojos, otro a mis axilas de perra, otro al Dios que hay en mí en lo sagrado de los meses, y si te queda tiempo no escribas el último, ponte en mi caso, estoy tan triste, llena de hombre, con tanta vibración de hombre en el espinazo, y adentro tanto otro fulgor que duerme en mí, a tan sangrientos días del parto.

Código del obseso

1) Busco un pelo; entre lo innumerable de este Mundo busco un pelo disperso en la quebrazón, longilíneo de doncellez correspondiente a grande figura de muchacha grande, pies castísimos con uñas pintadas por el rey, airosos los muslos de la esbeltez dual, en ascenso más bien secreto, de pubis a axila, a cabellera torrencial tras lo animal del número ronco de ser, busco un pelo

2) espléndido de mujer espléndida, clásica, músico de tacto preferiblemente intrépido de Boticelli, áureo y corrupto de exactitud, castaño de fulgor, finísimo, de alto a bajo busco un pelo

3) unigénito, seco de aroma, entre el aire y el descaro del aire, ni rey a remolque de esta invención, ni tamaña concubina venusina, flaco y cínico: -Galaxias no me quiten el sol. Pajar del cielo: lo que busco es un pelo.

Rock para conjurar el absoluto

Pero me enveneno, comprendo la irrupción
de ese Quien -que no es- doblado
de mí entre el gentío y la estridencia, entre
de New York, entre el tacto
y el olfato de las luces, pero me enveneno

en lo aéreo del cemento, esas Esfinges
de vidrio y aluminio, echadas
serpientemente ahí para empezar el rock y éste es el rock
de Edipo, rey de oficio, cartero
de los dioses, pies
despedazados, calles
y calles, números y
números y encima un saco
de huesos de respiración
de nadie, con 2 orejas, perversa
como es la música del desequilibrio, mitos
que uno ve a la altura de su nariz,
pero me enveneno

y ahí mismo le digo al Dios: -Párate, Dios,
cualquiera sea el nombre de tu figura, Tao
y Trinidad, que esto
acabe y cuanto rascacielo
abstracto o no, y durmamos
de una vez el juego, el Quien
que no es, el viejo relámpago
mortal, el laúd
del ataúd. Pero me enveneno.

No hay un viento tan orgulloso de su vuelo

No hay un viento tan orgulloso de su vuelo
como esta neblina volátil
que ahora está cerrando las piedras de la costa,
para que ni las piedras oigan latir su lágrima encerrada.

Oh garganta: libérate en goteantes estrellas:
echa a correr tus llaves a través de los huesos.
Que ruede un sol salado por la costa del día,
por las mejillas de las rocas.
Aparezcan las hebras del sollozo afilado en la espuma.

Niebla: posa tus plumas en la visión vacía
hasta donde las alas físicas de la muerte

abran la tempestad.
Sonámbula, apacienta tus ovejas sin ojos.
Famélica, devora la esencia y la presencia.
Oh peste blanca recostada en la marea.

Oh ánima del suicidio: ¿Quién no ama tus cabellos
perezosos y, al verte, ¿quién no mira su origen?
Neblina de lo idéntico: yo soy eso que soy,
y estoy como un carbón condenado a dormir en mi roca.

Me desvela el espectro de la revelación
debajo de esta blanca telaraña marítima
tejida por la historia de la luz cenicienta:
espina que me impide respirar
debajo de mi lengua.

¿A qué mentirnos con la llama del perfume, con la noche moderna?

I

¿A qué mentirnos con la llama del perfume, con la noche moderna
de los cinematógrafos, antesalas terrestres del sepulcro?
Pongamos desde hoy el instrumento en nuestras manos.
Abramos con paciencia nuestro nido para que nadie nos arroje por lástima al
reposo.
Cavemos cada tarde el agujero después de haber ganado nuestro pan.

En esa entraña hay hueco para todos: los pobres y los ricos,
porque en la tierra hay un regalo para todos:
los débiles, los fuertes, las madres, las ramera.
Caen de bruces. Caen de cabeza o sentados.
Por donde más les pesa su persona, todos caen y caen.
Aunque el cajón sea lustroso o de cristal. Aunque las tablas
sin cepillar parezcan una cáscara rota con la semilla reventada.

Todos caen y caen, y van perdiendo el bulto en su caída
hasta que son la tierra milenaria y primorosa.

II

Aquí cae mi pueblo. A esta olla podrida de la fosa
común. Aquí es salitre el rostro de mi pueblo.
Aquí es carbón el pelo de las mujeres de mi pueblo,
que tenían cien hijos, y que nunca abortaban como las meretrices
de los salones refinados en que se compra la belleza.

Aquí duermen los ángeles de las mujeres que parían
todos los años. Aquí late el corazón de mis hermanos.
Mi madre duerme aquí, besada por mi padre.
Aquí duerme el origen de nuestra dignidad:
lo real, lo concreto, la libertad y la justicia.

Si ha de triunfar el fuego sobre la forma fría

Si ha de triunfar el fuego sobre la forma fría,
descifraré a María, hija del fuego;
la elegancia del fuego, el ánimo del fuego,
el esplendor, el éxtasis del fuego.

Fuego que cierta noche fue fauna y flora frágil
entre mis brazos. Fuego corporal y divino.
Animal fabuloso. Sagrado. Desangrado.

Novia. Animal gustado noche a noche, y dormido
dentro de mi animal, también dormido,
hasta verla caer como una estrella.

Como una estrella nueve meses fijos
parada, estremecida, muelle, blanca.
Atada al aire por un hilo.

Por un hilo estelar de fuego arrebatado
a los dioses, a tres mil metros fríos
sobre la línea muerta del Pacífico.

Allí la cordillera estaba viva,
y María era allí la cordillera
de los Andes, y el aire era María.

Y el sol era María, y el placer,
la teoría del conocimiento,
y los volcanes de la poesía.

Mujer de fuego. Visible mujer.
Siempre serás aquel paraje eterno.
La cordillera y el mar, por nacer.
La catástrofe viva del silencio.

La vaca racional

La Vaca Racional tiene los ojos de la envidia,
el cuerpo de una bella mujer, y por su baba
se expresa la miseria de los hombres.

Si, por fortuna, un día, nace el Árbol que viene al mundo libre,
distinto de los árboles que lloran su esclavitud en el paisaje,
y florece, y da fruto -natural testimonio de la naturaleza-,
la Vaca Racional palidece y murmura.

Y convoca a los puercos en su alcoba:
"Este Árbol no es un Árbol, les dice. No da flores ni frutos.
Este Árbol es un animal sanguinario
que no existe en el aire ni en la tierra.
Es un error visual, causado por el miedo de la noche.
No disfrutéis su sombra. No respiréis su oxígeno".

Pero el Árbol existe. Trabaja para todos. Los alimenta a todos.
Es capaz de morirse cada día por salvar a los otros de la muerte.
Por darle aire a los muertos, es capaz de vestirse de locura.

Lo que la Vaca Racional no podrá perdonarle
es el misterio que está inscrito en cada una de sus hojas,
donde pueden leer solamente los pájaros.

Ella vive esperando que un rayo parta el brillo de su copa,
pero el rayo es el alma de este cuerpo.
Vive afilando su hacha y la arroja de frente o de perfil
sobre la piel del Árbol. Pero el filo es un beso en su mejilla.

Entonces, se alza lívida de cólera. De cólera de histeria:
-"Este Árbol es un árbol,
es hijo de otros árboles, pero es un enemigo
de los árboles. Quiere encadenarlos al suplicio de la tierra.
Ya sabéis que he intentado arrancar sus raíces y volcarlo,
y convertirlo en barco, en casa o ataúd. ¿Por qué los otros árboles
son seres serviciales y prudentes, con que se labran sillas y ventanas
para mirar el mar, y cantan en silencio la humedad de su congoja?"

-"Vedlo ahí. Le hemos dado la lluvia y el verano suficientes
para su crecimiento, y se ha burlado de nosotros
usando sus pulmones para sembrar la alarma en los esclavos"

-"Vedlo ahí como un rey cuyo trono fuera el viento
haciendo oír su voz, llevando el remolino
al corazón de todos los que fueron un día mis lirios predilectos".

-"Vedlo ahí, vomitando su fuego por las hojas.
¿Qué hacer para evitar a nuestras hijas la posesión y el arrebató,

la tiranía de este cuerpo invulnerable
a la vida y la muerte?"

Ya presa de su celo y su locura, la Vaca Racional
congrega a sus amantes y vecinos, y decide la suerte
de ese Enemigo que prefiere la posesión de la tierra
a dormir en la alcoba de sus vicios manchada:

- "Bello es el Árbol. Nunca he visto tan singular belleza
en el corte del aire. Tan divina Apostura.
Sin embargo, sus hojas no son originales, pues ellas me recuerdan
la alta filosofía
de los árboles griegos y alemanes.
El porte de sus pétalos tiene el color de los arbustos de Oriente.
Veo que por su savia discurre la corriente de los árboles clásicos,
de los árboles del Renacimiento,
veo en su esencia el bosque caballeresco y mágico;
en su médula veo la luz desesperada de los suicidas lengua afuera,
en su corteza el adjetivo arrugado por el fuego.

Como veis, yo tenía mis razones:
este Árbol no es un árbol. Es una suma de influencias
de soles y de lunas, como un día cualquiera,
y por lo tanto su raíz es una amarra en el vacío".

(1944)

Me divierte la muerte cuando pasa

Me divierte la muerte cuando pasa
en su carroza tan espléndida, seguida
por la tristeza en automóviles de lujo:
se conversa del aire, se despide
al difunto con rosas.
Cada deudo agobiado
halla mejor su vino en el almuerzo.

Río turbio

1. La Cerrazón

Amé a una muchacha de vidrio
transparente y bestial este verano, adoré su nariz,
su largo pelo negro hizo estragos
en mi concupiscencia, era, ¿cómo decirlo? Olfato

y piel, toda ella era olfato y piel, la envolvía
una especie de aura histérica en cuanto
era por lo menos dos, la que sollozaba
y la que hablaba sola con los ángeles, el juego
a todas luces era perturbador, llegaba
de la calle con esa hermosura indiscutible de las de 30
que casi lo han vivido todo, del parto
al frenesí, se echaba desnuda
ahí en esa cama las ventanas abiertas
al mar, lo que más le gustaba era el mar.

El caso concreto era la impiedad de su corazón, decía
que el Mundo le importaba una flauta,
y de veras le importaba escasamente una flauta, el epicentro
de su rotación y su traslación era el fornicio, un fornicio
más bien mental. Me decía por ejemplo: -Ahora
voy a volar, y volaba del catre al techo
unos diez metros o algo así como quien nada en el aire
de espaldas, estilo mariposa.

Para decirlo de una vez me consta que volaba
pero sin salir de ella, es decir, saliendo y no saliendo,
todo se hizo difícil, amaba a otro
y yo andaba en la edad de los patriarcas
intacta sin embargo la erección
aunque lisa y llanamente amaba a otro,
por lo menos decía que amaba a otro en el sur. D'accord,
el perdedor es el abismo.

Cada uno ama a su venenosa como puede, yo amé a mi venenosa,
imposible sacarla de mi seso
hasta no sé cuando, viéndola de lejos
hoy viernes pienso en sus pies
hasta dónde llegarán, la línea de su vida es corta
y eso está escrito en el I Ching. Por último
no es que la cerrazón haya entrado en mí, yo entré en la cerrazón.
De los acorralados es el Reino.

2. Martes Trece

A ver qué me gusta de ti? La risa riente
de tu boca y -una vez desnuda- los sobacos
fuera claro de la nariz cuyos cartílagos
datan del Renacimiento, ah y el pelo,
ese negro tuyo pelo que es mi adoración,
que te tapa de norte a sur la espalda
y el fulgor de la morenía, mi
perversión y mi adoración.

Ahí van las cosas entre los dos: imposibles. Hoy
cumple 36, se te ve flaca

pero yo no más conozco por dentro la embarcación, yo y otros.
Pero no hablemos de los náufragos.

Nada entonces de sobrevida. No hay sobrevida,
para qué sirve la sobrevida. Lo terminal
es lo único que está en juego:
la mariposa es terminal, Picasso
es terminal,
Picasso que inventó la mariposa
cuando entró en Jacqueline encima
de los setenta, eso es terminal
y cosa de meses
desde el portento amniótico. ¡Picasso
y su baile! Si es que le dura,
si es que le dura más que la pintura.

Dices que te vas. Bueno, te vas,
hoy mismo en ese avión al sur te vas
tan ligera como viniste. Olvida
este verano. Total fuiste parte
de mi resurrección. Por último
no quedé tieso ahí en ese matadero
del quirófano. Todo
fue tan flexible. Usted
fue feliz. Yo fui feliz. El adiós sangriento fue feliz.

3. *Fascinación*

No con semen de eyacular sino con semen de escribir
le digo a la paloma: -ábrete, paloma, y
se abre; -recíbeme,
y me recibe, erecto
y pertinaz; ahí mismo volamos
inacabables hasta más allá del Génesis
setenta veces siete, y así
vaciado el sentido: -"Vuestra soy
gime con gemido en su éxtasis, para vos nació,
¿qué mandáis hacer de mí?". Ciego
de su olor, beso entonces un aroma
que no olí en mujer: -"Guárdame
-irrumpe arterial- esta leche de dragón
hasta la Resurrección en la tersura
de tu figura de piel, clítoris
y más clítoris en el frenesí
de la Especie. No haya mortaja
entre nosotros".

A lo que la posesa: -"Ay, cuerpo,
quien fuera eternamente cuerpo, tacto
de ti, liturgia
y lascivia de ti y el beso

corriera como huracán y yo fuera el beso
de mujer para aullarte
loba de mí, Río
Turbio abajo hasta la Antártica, loca
como soy, zumbido del Principio".

De histeria y polvo, amor,
fuimos hechos, uno lee
ocioso en maya, en sánscrito las estrellas: ¡uno!
¿de qué escribe uno? – "Dínoslo
de una vez Teresa de Ávila, Virginia
Woolf, Emily mía
Brontë de un páramo
a otro, Frida mutilada
que andas volando por ahí, ¿de qué
escribe uno?"

Chillán de Chile, a trece de febrero, 1996.

Del cubismo como serpiente

Fondo a fondo nada ha sido escrito aún y el planeta
lleno de ruido habrása estado vaciando
cabeza abajo
generación tras generación,
Apollinaire
por ahí,
Picasso, buzos
sigilosos.
Nariz,
¿qué hicimos?, pie izquierdo
¿dónde fuimos a parar?

Carta al joven poeta para que no envejezca nunca

Repita usted siete veces: no hay
rata curativa y sanará, repita, repita,
hasta que las palomas salgan volando del pantano
y aparezca Lautréamont como por encanto
riendo sin paraguas
ni mesa de disección, ipamplina
el azar!, el juego es otro
y no se sabe cuál, no hay
belleza convulsiva ni menos

hada, ni
mucho menos computación, la apuesta
es distinta, usted
mismo es la musa con sus zapatos hamletianos de rey
sin nadie adentro diciendo el to be
y el not to be de la farsa parado
ante nadie desde el momento
que el momento va a estallar, se lo digo, repita,
repita: no hay rata
curativa, toda rata acarrea peste.

Sermón del estallido

A lo que fue a parar la belleza madre que nos parió, ¿y la novela?
Aparentemente los personajes
han llorado, se han ido, no quieren más.
Nadie quiere más, nadie,
después del estallido.

Todo tan teatral, el funeral
del origen con pecado
y todo, la polvareda
de las estrellas, el lujo, el soplo
sobre las aguas.

Gloria a Quién ahora, ¿al Padre
que no es, al Hijo
que no vino, al Espíritu
Santo que no habló, al
ruido?

Todo tan teatral, del átomo al
universo humeante, ¿y el Logos?
Callemos, reptemos otra vez, comamos ruinas
en el Hoyo; lo ser
es lo sido.

Carta a Huidobro

1. Poca confianza en el XXI, en todo caso algo pasará,
morirán otra vez los hombres, nacerá alguno
del que nadie sabe, otra física
en materia de soltura hará más próxima la imantación de la Tierra
de suerte que el ojo ganará en prodigio y el viaje mismo será vuelo
mental, no habrá estaciones, con sólo abrir

la llave del verano por ejemplo nos bañaremos
en el sol, las muchachas
perdurarán bellísimas esos nueve meses por obra y gracia
de las galaxias y otros nueve
por añadidura después del parto merced
al crecimiento de los alerces de antes del Mundo, así
las mareas estremecidas bailarán airoas otro
plazo, otro ritmo sanguíneo más fresco, lo que por contradanza hará
que el hombre entre en su *humus* de una vez y sea
más humilde, más
terrestre.

2. Ah, y otra cosa sin vaticinio, poco a poco envejecerán
las máquinas de la Realidad, no habrá drogas
ni películas miserables ni periódicos arcaicos ni
-disipación y estruendo- mercaderes del aplauso ignominioso, todo eso
envejecerá en la apuesta
de la creación, el ojo
volverá a ser ojo, el tacto
tacto, la nariz
éter de Eternidad en el descubrimiento incesante, el fornicio
nos hará libres, no
pensaremos en inglés como dijo Darío, leeremos
otra vez a los griegos, volverá a hablarse etrusco
en todas las playas del Mundo, a la altura de la cuarta
década se unirán los continentes
de modo que entrará en nosotros la Antártica con toda su fascinación
de mariposa de turquesa, siete trenes
pasarán bajo ella en múltiples direcciones a una velocidad desconocida.

3. Hasta donde alcanzamos a ver Jesucristo no vendrá
en la fecha, pájaros
de aluminio invisible reemplazaran a los aviones, ya al cierre
del XXI prevalecerá lo instantáneo, no seremos
testigos de la mudanza, dormiremos
progenitores en el polvo con nuestras madres
que nos hicieron mortales, desde allí
celebraremos el proyecto de durar, parar el sol,
ser -como los divinos- de repente.

De la liviandad

Volviendo sobre una línea de Cortázar, las mujeres
cómo recaen. Man Ray
hizo la foto: lomo largo
con todas las vértebras preciosas a la vista y ella cayendo
flexible en el encantamiento, flaca
la pelirroja, lista

para la otra pasarela del placer, los tirantes
por allá, las medias disparadas, y algo más lejos
en la otra punta de la alfombra los dos
zapatos altísimos sin nadie muertos de amor, tristísimos
y viudísimos de ella pidiéndole frenéticos que no,
que su cuerpo blanco no, que no se entregue
a la usurpación, que vuelva
como en el tango, que
no. –Cierren
finas las cortinas.

Asma es amor

A Hilda, mi centaura.

Más que por la A de amor estoy por la A
de asma, y me ahogo
de tu no aire, ábreme
alta mía única anclada ahí, no es bueno
el avión de palo en el que yaces con
vidrio y todo en esas tablas precipicias, adentro
de las que ya no estás, tu esbeltez
ya no está, tus grandes
pies hermosos, tu espinazo
de yegua de Faraón, y es tan difícil
este resuello, tú
me entiendes: asma
es amor.





Gonzalo Rojas Pizarro / biografía

(Lebu, Chile 20 de diciembre 1917) Poeta Chileno perteneciente a la generación de 1938. Su obra se enmarca en la tradición continuadora de las vanguardias literarias latinoamericanas del siglo XX. Ampliamente reconocido a nivel Hispanoamericano ha sido galardonado, entre otros, con el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana 1992, el Premio Nacional de Literatura de Chile 1992 y el Premio Cervantes 2003, siendo considerado el poeta vivo más importante de Chile e Iberoamérica.

Hijo del técnico carbonífero Juan Antonio Rojas y de Celia Pizarro. Nació en Lebu, (Chile). Hizo sus estudios secundarios en el Internado Nacional Barros Arana universitarios de derecho y pedagogía en la Universidad de Chile. Formó parte del grupo surrealista chileno Mandrágora en 1938, del cual se retiraría luego por diferencias de opinión. Fue profesor en Valparaíso entre 1946 y 1952. Luego, hasta 1973, profesor en la Universidad de Concepción donde funda el Departamento de Español. En dicha universidad creó los Encuentros de Escritores y las Escuelas Internacionales de Temporada.

Tuvo los siguientes cargos diplomáticos: consejero cultural en China 1970-1971, encargado de negocios en Cuba 1972-1973, este último cargo equivalente a embajador. En dicho país, se sentirá más cercano a los jóvenes que con el gobierno.

Tras el golpe de 1973, estuvo exiliado en la República Democrática Alemana (1973-1975), Venezuela (1975-1980), además de ser exonerado como profesor de todas las universidades chilenas. En 1958 recibe la Beca UNESCO para escritores, que lo lleva a residir varios meses en Europa. Gana la Beca Guggenheim en 1994, regresa a Chile y se radica en la ciudad de Chillán, donde vive hasta hoy. Vivió en Estados Unidos entre 1980 y 1994. Entre 1980 y 1985, fue profesor visitante en Columbia University y en la Universidad de Chicago. Entre 1985 y 1994 fue profesor titular en Brigham Young University. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura de Chile y el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, ambos en 1992. También recibió el Premio Octavio Paz de México y José Hernández de Argentina. Fue galardonado con el Premio Cervantes 2003 el 23 de abril de 2004. Su poesía está traducida al inglés, alemán, francés, portugués, ruso, italiano, rumano, sueco, chino, turco y griego.

Es considerado uno de los más grandes poetas chilenos del Siglo XX. Su poesía, según él mismo ha expresado, tiene grandes influencias del Surrealismo, (aunque él no se considera surrealista), los poetas latinos (como Catulo) y de César Vallejo.

Autor fragmentario, su primer libro, *La Miseria del Hombre* (con ilustraciones de Pedraza), fue publicado en 1948, recibiendo malas reseñas por parte de los críticos; Alone llegó a decir, incluso: "Al paso que llevan, las letras nacionales no prometen nada bueno." En cambio, de parte de poetas recibió muy buenas

críticas: Miguel Arteche le expresó: "Seguramente no va a gustar a ciertos críticos almibarados, sucios de espíritu. (...)Este es un libro que tiempo hacía no se presentaba en nuestro país." Gabriela Mistral dijo: "Me ha tomado mucho, me ha removido y, a trechos, me deja algo parecido al deslumbramiento de lo muy original, de lo realmente inédito. (...) Lo que sé, a veces, es recibir el relámpago violento de la creación efectiva, de lo genuino, y eso lo he experimentado con su precioso libro."

Recién 16 años después publicará, en 1964, su segundo libro, *Contra la muerte*, que será aumentado en otras ediciones. Rojas expresaría: "Mientras mi primer libro había tenido un grado de audiencia dispar, pero intensa, el segundo tuvo una acogida mayor. Sin presumir, puedo decir que situó mi nombre en América Latina".

En 1977 aparece *Oscuro*, en Venezuela, libro que le daría gran difusión en el continente, logrando buenas críticas. Carlos Fuentes diría, al recibir el Premio Rómulo Gallegos de ese año, donde Rojas fue jurado, que éste constituye "el gran arco lírico" junto a Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, José Gorostiza, César Vallejo, José Lezama Lima y Octavio Paz.

En 1979 aparece *Transtierro* (Versión antológica). En 1980 aparecen 2 libros, *Antología breve y 50 poemas*. En 1981 aparece *Del relámpago*, que será aumentada en su segunda edición de 1984. En 1986 publica *El alumbrado*. En 1987, en Madrid, publica *El alumbrado y otros poemas*, que será aumentada en la edición chilena.

En 1988 se publica *Antología Personal, Schizotext and Other poems y Materia de testamento*.

En marzo de 1989 aparece *Materia de testamento* en un ranking de El País como uno de los tres libros de poesía más vendidos del últimos año.

Tiene dos hijos, Rodrigo Rojas Mackenzie, neuropsiquiatra, que vive en Alemania y Gonzalo Rojas-May Ortiz psicólogo clínico quien vive en Chile.

Es Doctor Honoris Causa por la prestigiosa Universidad Europea de Madrid

Obras publicadas

- *La miseria del hombre* (1948)
- *Contra la muerte* (1964)
- *Oscuro* (1977)
- *Transtierro* (1979)
- *Críptico y otros Poemas* ([1980])
- *Antología breve* (1980)
- *Del relámpago* (1981)
- *50 Poemas* (1982)
- *Del relámpago. 2.ed.* (1984)
- *El alumbrado* (1986)
- *El alumbrado y otros poemas* (1987)
- *Materia de testamento* (1988)

- *Antología personal* (1988)
- *Esquizotexto texto y otros poemas* (1988)
- *Desocupado lector* (1990)
- *Zumbido* (1991)
- *Antología de aire* (1991)
- *Las hermosas. Poesías de amor* (1992)
- *Cinco Visiones* (1992)
- *Contra la muerte. 2. ed.* (1993)
- *Am Grund von alledem schlaeft ein Pferd* (1993)
- *Carta a Huidobro y Morbo y Aura del mal* (1994)
- *La miseria del hombre* (1995)
- *Río Turbio* (1996)
- *80 veces nadie* (1997)
- *Obra selecta*(1997)
- *Tres Poemas* (1998)
- *Diálogo con Ovidio*(1999)
- *Metamorfosis de lo mismo*(2000)
- *¿Que se ama cuando se ama?* (2000)
- *Velocities of the possible* (2000)
- *Requiem de la mariposa* (2001)
- *Hombre es baile, mujer es igualmente baile* (2001)
- *Antología poética* (2001)
- *Al silencio* (2002)
- *La palabra placer y otros poemas* (2002)
- *Del ocio sagrado* (2002)
- *No haya corrupción* (2003)
- *Poesía esencial* (2003)
- *L'illuminè* (2003)
- *Inconcluso* (2003)
- *Concierto; antología poética* (2004)
- *Antología personal. 2.ed.* (2004)
- *La reninez* (2004)
- *Antología poética. 2. ed.* (2004)
- *La voz de Gonzalo Rojas* (2004)
- *Poemas selectos* (2004)
- *Del loco amor* (2004)
- *Mot Doeden = Contra la muerte* (2005)
- *XXI por egipcio* (2005)
- *From the Lightning. Selected Poems* (2005)
- *La misere de l'homme* (2005)
- *Man Ray hizo la foto* (2005)
- *Das Haus aus Luft* (2005)
- *Las sílabas* (2006)
- *Poesía Esencial* (2006)
- *Esquizo* (2007)
- *Del Agua* (2007) *Regalo oficial del Gobierno de Chile a los Presidentes y Jefes de Estado asistentes a la XVII Cumbre Iberoamericana celebrada en octubre de 2007 en Santiago de Chile.*



Muestrario de Poesía

1. **La eternidad y un día y otros poemas** / Roberto Sosa
2. **El verbo nos ampare y otros poemas** / Hugo Lindo
3. **Canto de guerra de las cosas y otros poemas** / Joaquín Pasos
4. **Habitante del milagro y otros poemas** / Eduardo Carranza
5. **Propiedad del recuerdo y otros poemas** / Franklin Mises Burgos
6. **Poesía vertical (selección)** / Roberto Juarroz
7. **Para vivir mañana y otros poemas** / Washington Delgado.
8. **Haikus** / Matsuo Basho
9. **La última tarde en esta tierra y otros poemas** / Mahmud Darwish
10. **Elegía sin nombre y otros poemas** / Emilio Ballagas
11. **Carta del exiliado y otros poemas** / Ezra Pound
12. **Unidos por las manos y otros poemas** / Carlos Drummond de Andrade
13. **Oda a nadie y otros poemas** / Hans Magnus Enzensberger
14. **Entender el rugido del tigre** / Aimé Césaire
15. **Poesía árabe** / Antología de 16 poetas árabes contemporáneos
16. **Voy a nombrar las cosas y otros poemas** / Eliseo Diego
17. **Muero de sed ante la fuente y otros poemas** / Tom Raworth
18. **Estoy de pie en un sueño y otros poemas** / Ana Istarú
19. **Señal de identidad y otros poemas** / Norberto James Rawlings
20. **Puedo sentirla viniendo de lejos** / Derek Walcott
21. **Epístola a los poetas que vendrán** / Manuel Scorza
22. **Antología de Spoon River** / Edgar Lee Masters
23. **Beso para la Mujer de Lot y otros poemas** / Carlos Martínez Rivas
24. **Antología esencial** / Joseph Brodsky
25. **El hombre al margen y otros poemas** / Heberto Padilla
26. **Réquiem y otros poemas** / Ana Ajmátova
27. **La novia mecánica y otros poemas** / Jerome Rothenberg
28. **La lengua de las cosas y otros poemas** / José Emilio Pacheco
29. **La tierra baldía y otros poemas** / T.S. Eliot
30. **El adivinador de hojas y otros poemas** / Odysseas Elytis
31. **Las ventajas de aprender y otros poemas** / Kenneth Rexroth
32. **Nunca de ti, ciudad y otros poemas** / Czesław Miłosz
33. **El barco en llamas y otros poemas** / Jaroslav Seifert
34. **Uno escribe en el viento y otros poemas** / Gonzalo Rojas



Colección

**Mostrario de
Poesía**

2009